EL MENSAJE DE LAS ASAMBLEAS FAMILIARES

1 — Unidad del mensaje:

Las asambleas familiares se reunirán alrededor de **un solo mensaje: LA COMUNIDAD CRISTIANA.**

Es importante tener esto en cuenta para mantener la unidad del objetivo que se persigue y relacionar entre sí las 20 asamblea que se llevarán a cabo.

2 — Razón del tema:

El tema de la comunidad cristiana está en la entraña misma del Concilio Vaticano II. La renovación auténtica a la que el Concilio nos ha llamado, no será real sin una activa toma de conciencia sobre la naturaleza, las exigencias y la misión de la comunidad cristiana.

En la comunidad el hombre responde a Dios, que "quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituírlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente" (L. G. 9). Construír la comunidad es el fin de la pastoral.

Por otra parte, a esto mismo quiere responder el Congreso Eucarístico Internacional, como hecho de vida de la Iglesia. En la celebración eucarística se expresa y se construye la comunidad.

Además, la realidad de nuestro mundo necesita de la presencia solidaria y comprometida de la comunidad cristiana que "es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (L. G. 1).

3 — Diversos aspectos del tema general:

I. — Motivación General:

1º - Comunidad, signo de nuestro tiempo.
2º - La vocación comunitaria del hombre.

II. — La acción de Dios:

3º - Dios convoca a los hombres.
4º - Cristo, el convocador.
5º - La Pascua (liberación, victoria de lamor sobre el egoísmo).
6º - La nueva humanidad.
7º - La Iglesia, sacramento de la unidad.
8º - La Iglesia local.
9º - La Familia.

III. — La respuesta del hombre:

10º - La Iglesia, comunidad de convertidos.
11º - La Iglesia, comunidad que se encuentra con Dios en los sacramentos.
12º - La Iglesia, comunidad solidaria.
13º - La Iglesia, comunidad servidora.
14º - La Iglesia, comunidad que da gloria a Dios ("La gloria de Dios es el hombre que tiene vida" — San Ireneo).
15º - La Iglesia, comunidad de pecadores.
16º - La Iglesia, comunidad eucarística.
17º - El Domingo, día de la comunidad.
18º - La Iglesia, comunidad peregrina (índole escatológica de la vocación cristiana).

IV. — Recapitulación:

19º - María, cristiana perfecta.
20º - Sentido del Congreso Eucarístico Internacional.

4 — Observaciones

a) Mensaje religioso, a la luz del cual se pretende que se reflexione sobre hechos concretos de vida.
b) Mensaje doctrinal, pero no conceptual. Se quiere evitar polémicas y se pretende llegar a compromisos concretos. Las preguntas, que el animador encuentra en las guías, se han formulado con este sentido. Ante la dificultad real que existe para reflexionar sobre hechos concretos, el animador deberá insistir para que el diálogo no se desvíe hacia la discusión conceptual.
c) No se trata de exposiciones exhaustivas sobre cada uno de los aspectos que van a considerarse. No se olvide que lo que se quiere es impulsar una activa toma de conciencia y que en este trabajo hay que proseguir en busca de una pastoral renovada.
Puede haber repeticiones, que servirán para establecer la relación entre los distintos temas y para insistir sobre aspectos básicos.
d) Se ha procurado redactar el mensaje y las preguntas de tal manera que sean inteligibles para el común de los participantes en las asambleas. Sin embargo, la adaptación más concreta a los diversos ambientes será oficio del animador.

MENSAJE NUMERO 1 — COMUNIDAD, SIGNO DE NUESTRO TIEMPO

Iniciamos hoy una experiencia nueva: reunirnos para reflexionar sobre los hechos de la vida a la luz de la fe. Lo nuevo no es que se reflexione sobre la vida, porque esto lo hacemos todos los días: la solución de cada pequeño problema así lo exige. Tampoco es nuevo reflexionar sobre nuestra fe, porque

lo hacemos, con alguna frecuencia, en las iglesias a propósito del cumplimiento de nuestros deberes religiosos. Y es muy probable que se haya reflexionado sobre la vida a la luz de la fe. Pero esa reflexión en común, en nuestras casas, con la disposición de ayudar y dejarnos ayudar de los otros, sí es una experiencia nueva.

Es posible que, en esta primera reunión de las asambleas familiares, ustedes tengan la sensación de quien se aventura a algo nuevo. Los niños de casa no habían visto nunca tantas personas en esta sala; muchos vecinos, por primera vez, se han encontrado hoy. Con todo, reuniones de esta naturaleza son cada vez más frecuentes.

¿Han observado ustedes la necesidad imperiosa que actualmente se nos crea de resolverlo todo con juntas y asociaciones? Es como si nuestro tiempo tuviera la obsesión de las reuniones.

La majestuosa y sobria arquitectura del gran edificio de las Naciones Unidas, en Nueva Yerk, revela la fuerza de esa preocupación de nuestros días. Allí también se concentran gentes que no se conocían y que, sin embargo, desean llegar a acuerdos sobre la suerte de sus naciones. Ante el espectáculo de hombres de todo el mundo reunidos en la amplia sala de sesiones, es inevitable comprobar los esfuerzos que la humanidad está haciendo para buscar su unidad.

Y se puede decir sin exagerar que el mundo se pone en nuestras manos cuando leemos el periódico. Las distancias desaparecen lo mismo que las barreras del idioma y de las nacionalidades, cuando diariamente iniciamos el recorrido del mundo que las noticias nos presentan. El sufrimiento de los vietnamitas, el llanto de sus niños, la angustia de sus combatientes, se difunden y llegan a perturbar nuestra tranquilidad y a urgir nuestra solidaridad. Del mismo modo nos hacemos participantes de los éxitos y alegrías de otros hombres.

Recordemos cómo, hace algunos años, todos estuvimos pendientes de la enfermedad de un hombre que había conquistado al mundo con su bondad: el Papa "Juan el Bueno". Recordemos también el pasado Concilio Vaticano II en el que se reunieron, con gran facilidad, la casi totalidad de los Obispos del mundo. ¿No significa esto que los hombres, por las posibilidades que nos ofrecen la ciencia y la técnica modernas, nos estamos acercando más los unos a los otros? La distancia no nos impide participar en hechos que son de interés común.

Cuando una nueva victoria en la conquista del espacio corona los esfuerzos de los científicos, la humanidad, como una sola familia, aplaude, se llena esperanza y goza. En los meses pasados, todos los oídos estuvieron atentos a las palpitaciones de un corazón injertado en el pecho de un hombre desconocido, y los ojos de la humanidad se fijaron en el rostro de un enfermo a quien la ciencia había conservado maravillosamente la vida. Es el nuestro, ciertamente, un mundo reducido a las dimensiones de una familia en la que todo se comparte: los gozos y las tristezas, las esperanzas y los desalientos.

Todo esto es una verdadera conquista de nuestro tiempo. Ni siquiera en los tiempos heroicos de los conquistadores y de los navegantes descubridores de nuevos mundos, o cuando los reyes fundaban imperios donde no se ponía el sol, el hombre podía sentirse tan ciudadano del mundo como podemos, hoy, sentirnos nosotros.

Los abuelos aun cuentan la hazaña que suponía llegar, después de largos días de navegación por el río Magdalena, hasta la costa atlántica. La historia andaba, entonces, lentamente y los hombres solo podían adivinar trabajosamente las preocupaciones de la gran familia humana. Por eso había feudos, ciudades amuralladas, rígidos moldes de clase, sectarismos e intransigencias, colonizadores y colonos.

Si hoy muchas de estas instituciones han desaparecido y otras van en franca decadencia, es porque el descubrimiento del valor de las personas, la conciencia de nuestras limitaciones como individuos y como grupo, la técnica de las comunicaciones, han mostrado a la comunidad como signo de nuestro tiempo.

Se abre paso la comunidad de las naciones. La lección aprendida, después de dos guerras, ha enseñado la necesidad de defender comunitariamente la paz. La ciencia, la técnica y, en general, todas las actividades importantes del hombre, han mostrado una necesidad de complementación y perfeccionamiento de los individuos y de los pueblos, que se trata de satisfacer por medio de asociaciones diversas. Los Congresos, escasos hace unos años, hoy se suceden casi sin interrupción y como un medio normal de progresar y perfeciconarse. Son también usuales los intercambios culturales, aceptados por todas las naciones, convencidas de que todos los pueblos, lo mismo que las personas, tienen algo que dar y algo que recibir. Ustedes mismos pueden, en este momento, recordar el entusiasmo con que iniciaron y están colaborando en alguna asociación de beneficio común: por ejemplo, acción comunal, sindicato, cooperativa, defensa civil, etc. En todos estos hechos se manifiesta el anhelo de los hombres, que no queremos luchar solos porque sentimos el impulso de nuestra misma naturaleza hacia la vida en común.

Nos hallamos, por tanto ante un mundo que se renueva y progresa hacia lo comunitario. Lo cual es un valor de nuestro tiempo. Esta fuerza creciente de lo comunitario es, además, una defensa, un esperanza y un apoyo para los débiles. Hoy no se puede ignorar la interdependencia real de los grupos humanos. Ni siquiera los más poderosos pueden desentenderse de cuanto afecta a los pequeños. Todos saben que la miseria de unos pone en grave riesgo la opulencia de otros. En un reciente llamamiento a su país, el presidente Johnson señaló, como un peligro para la paz, la existencia de vastas zonas del mundo en donde el hombre no puede alcanzar su desarrollo. A tal punto los hombres sentimos la necesidad de apoyarnos y de unirnos.

De todo lo que hemos considerado, observando algunos aspectos de la marcha del mundo, podemos sacar la conclusión de que los hombres, aun en medio de nuestras imperfecciones, luchas, rivalidades, etc., estamos buscando ansiosamente la unidad. A pesar de que muchas veces no seamos concientes de esto, estamos ciertamente descubriendo algo maravilloso: la comunidad.

Quizás este mensaje pueda originar una preocupación interesante: ¿qué relación tiene todo esto con el sentido de las asambleas familiares a las que hemos sido invitados para prepararnos al Congreso Eucarístico Internacional?

Comprendiendo esta legítima inquietud, nos permitimos, sin embargo, invitarles a que, con todo entusiasmo, hagan el esfuerzo de reflexionar y dialogar, esta noche, sobre la marcha que nuestro mundo está siguiendo. Tengan en cuenta que debemos avanzar conjuntamente a lo largo de las asambleas, para ir descubriendo la voz de Dios que continúa hablándonos a través de los

mismos hechos humanos. A lo largo de nuestras reuniones iremos conquistando y asimilando, poco a poco, el gran mensaje que quieren traernos estas asambleas familiares.

MENSAJE NUMERO 2 — LA VOCACION COMUNITARIA DEL HOMBRE

Cuando un avión militar se comunicó con la torre de control pidiendo autorización para tomar pista, hubo un momento de sorpresa. Ningún reporte había anunciado la llegada de una nave procedente de Panamá.

Lo que no sabía el solícito funcionario era que ni los mismos pilotos de la nave habían pensado que, en esa noche, iban a aterrizar en un aeropuerto colombiano. Pero una llamada captada por su estación de radio, en la base militar panameña, les había transmitido una petición urgente y angustiosa: una niña moriría si un antitóxico no se le suministraba a tiempo. Ni en su ciudad, ni en los lugares vecinos, existía la medicina.

Horas después de escuchar el urgente llamado, llegaba la medicina salvadora. Los rostros sonrientes cerca del lecho de la enferma fue todo lo que los colombianos pudimos ver en los periódicos. A todos nos quedó, sin embargo, la satisfacción de vivir en un mundo y en una época, en que una llamada lanzada al aire puede salvar una vida, no importa de quién, con tal que sea la de un miembro de la familia humana. Nos enorgulleció sentir que los lazos que unen la comunidad de los hombres, puestos en tensión por el sufrimiento de alguien, se habían mostrado fuertes. Tales son los momentos brillantes de la historia que está escribiendo, hoy, la humanidad.

Pero no seríamos sinceros, ni objetivos, si solo anotáramos esos instantes. La realidad nos revela que también existen los momentos amargos en que la vecindad lograda con los demás hombres, con las otras naciones, ha resultado dura e inhumana. Esas son páginas de vergüenza que todos hemos contribuído a escribir: la sangre y la humillación de los negros mancha la frente de la humanidad de hoy, como también las matanzas de blancos en los países africanos; cada noticia sobre las bajas diarias de guerra, en el Vietnam, hace vacilar seriamente nuestra fe en los valores de nuestro siglo. Las fotografías que nos presentan la miseria y la tristeza de los pueblos olvidados, no son testimonio de falta de solidaridad y de justicia humana? Y en nuestro caso concreto, quizás no pocas veces hemos pasado, tranquila e insensiblemente, las páginas del periódico en las que se nos informaba sobre hechos de violencia ocurridos en neustra Patria. ¿Qué indica esto?

En la asamblea pasada llegamos a la positiva y estimulante conclusión de que los hombres vamos descubriendo la comunidad humana. Los hechos negativos que acabamos de describir no desvirtúan ni niegan el valor de ese descubrimiento. Nos ponen, sin embargo, de presente que, a pesar de ser la comunidad un signo de los tiempos, el egoísmo puede frustrar nuestros anhelos más profundos de unidad. Hay, por consiguiente, necesidad de tener una visión justa del hombre y de la comunidad. Sobre esto vamos a reflexionar en la asamblea de hoy.

No es posible sentir la comunidad en medio de una muchedumbre que

se codea y apretuja en un estadio. Allí solamente se es un número, un rostro más. Un sentido profundo nos dice que tampoco existe comunidad cuando solo nos une la búsqueda de intereses meramente externos y nada más. Esto nos indica que no cualquier forma de reunión, cualquier grupo humano, es comunidad. Estados, entonces, frente a un punto importantísimo por lo que significa. Es lo siguiente: la relación íntima que existe entre la comunidad y la persona humana. De tal manera que exigen mutuamente que no puede darse verdadera comunidad si sus miembros no son auténticamente personas, ni el hombre puede alcanzar su condición de persona consciente y libre, fuera de la comunidad.

Pongamos algunos ejemplos. En una famosa novela contemporánea encontramos el siguiente caso: un grupo de personas, acosadas por la guerra y la persecución, buscaban la manera de emigrar a otro país. La oficinas encargada de tramitar estos asuntos tenía un curioso procedimiento, sin duda de muy alto valor técnico. Los refugiados debían pasar por un control médico: se examinaban los dientes, la capacidad muscular, la estatura, el color, la edad física, etc. De acuerdo con normas mecánicamente establecidas, el funcionario anotaba: número 18, aceptado; número 33, rechazado; número 45, en discusión. Para muchos terminaban así las esperanzas de liberación en las que habían soñado. Observemos cómo en esta "humanitaria" organización interesaban números y fuerzas físicas, pero las personas no contaban.

Otro caso bien significativo. Ha sido "tan profundo y tan científico" el análisis que algunos han hecho del hombre, que lo han reducido a la siguiente síntesis o "fórmula": hierro, lo equivalente a una puntilla; azúcar la proporción de dos terrones ordinarios; fósforo, lo equivalente a 2.200 cabezas de fósforos; magnesio para el fogonazo de una fotografía; grasa, lo equivalente a dos panes de jabón. ¡Qué manera tan curiosa de comprender al hombre!

Estos ejemplos, por desgracia, no son simples casos de novela. Es algo que, en su significado está sucediendo. ¿Por eso, no será cierto que el hombre sigue siendo una incógnita para el mismo hombre?

Esta despersonalización, que el Papa Pío XII denunciaba como un despojar a la persona humana de su rostro y de su nombre, es precisamente el atentado más funesto contra la comunidad.

Existe el gran peligro de confundir la masa con la comunidad. Sin embargo, la diferencia es muy grande. En la primera, el hombre cuenta por lo lo que "tiene": voz para gritar, número para aumentar una muchedumbre, fuerza para destruír, alma de esclavo para dejarse manejar, ignorancia para creerlo todo, etc. En la comunidad, en cambio, el hombre cuenta por lo que "es": su unidad de cuerpo y alma, su sagrada dignidad, sus derechos y deberes de persona humana, su capacidad de conocerse y de conocer, su personalidad definida por la que no se confunde con los demás, su anhelo permanente de superación, y sobre todo su capacidad de amar por la que libremente se entrega al servicio de sus semejantes. En una palabra, la masa destruye y anula al hombre, la comunidad lo ayuda a realizar su vocación.

Por tanto, allí donde hay respeto por todo hombre, reconocimiento de sus valores, relaciones personales, diálogo, responsabilidad activa y compartida en compromisos reales por parte de todos, allí se está en vías de construír una verdadera comunidad.

La vocación comunitaria del hombre presente también, como base insus-

tituíble, la esencial apertura a los demás. La madurez humana se da cuando el hombre sale de sí para comunicarse con los otros. Esta comunicación no es otra cosa que el amor, por el cual el enriquecimiento que proporcionamos a nuestros semejantes es para nosotros mismos fuente de progreso y de perfeccionamiento. En la medida en que esto sea una realidad, iremos logrando la comunidad verdadera, así como el encerrarse en sí mismo es la medida del propio fracaso.

Existe, además, otro peligro sutil de desvirtuar y limitar el sentido de la vocación comunitaria del hombre. Hay grupos familiares, sociales, etc., que creen estar viviendo con espíritu de comunidad y, sin embargo, no han hecho otra cosa en realidad que ampliar las fronteras de su propio egoísmo. Tan cierto es esto que otros sectores de la sociedad los califican de "sectas". La dimensión comunitaria es abierta, no tiene fronteras ni límites: donde hay exclusivismos, donde se levantan murallas, la comunidad no es posible. Introducir una limitación a la vocación comunitaria del hombre, no importa por qué motivos e intereses, es poner freno al desarrollo de los hombres y de los pueblos. Este desarrollo exige hoy, más que nunca, la solidaridad universal.

Como dijo Su Santidad Paulo VI en Bombay: "El hombre debe encontrar al hombre, las naciones deben encontrarse entre sí... En esta comprensión y amistad mutuas, en esta comunión sagrada, debemos igualmente comenzar a actuar unidos para edificar el porvenir común de la humanidad".

MENSAJE NUMERO 3 — DIOS CONVOCA A LOS HOMBRES

Los dos primeros mensajes de nuestras asambleas familiares nos han llevado, sin duda, a reforzar la convicción de que el hombre, fuera de la unión con los demás, es decir, fuera de la comunidad, es incapaz de llevar a cabo la tarea que le corresponde. Este es un hecho que, hoy día, se pone más de manifiesto.

Ahondar en esta convicción es, ciertamente, un paso muy positivo. Hay, sin embargo, en esto mismo, algo más profundo, que quizás no hemos descubierto todavía. Es lo siguiente: los anhelos de los hombres por vivir dentro de un espíritu comunitario, sus esfuerzos, por ejemplo, por una acción comunal, por programas de servicio mutuo, por llevar adelante la integración de grupos y de pueblos, etc., no tienen solamente un sentido humano de gran valor, impulsados por circunstancias concretas, sino que, a la luz de la fe, todo lo que, de una u otra manera, unifica a los hombres brota, como desde su fuente, de una iniciativa divina que va realizando en los mismos acontecimientos de este mundo el plan de salvación. Más aún, todo el esfuerzo de los hombres por salir de su egoísmo para abrirse, en comunión con los demás, a la tarea de construír un mundo más humano, es impulsado secretamente por la gracia de Dios, aunque muchas veces se ignore. En una palabra, todo lo que estemos haciendo de positivo, aun en medio de las imperfecicones propias de lo humano, responde al designio de Dios: es una colaboración con su plan salvador.

Un famoso poeta hindú, Rabindranth Tagore, que, en sus obras y en su vida, captó profundamente el misterio del amor, escribió la siguiente parábola:

"Iba yo pidiendo, de puerta en puerta, por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida, me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diesta diciéndome: "Puedes darme alguna cosa?".

¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo dí.

Pero qué sorpresa la mía cuando, al vaciar por la tarde mi saco en el suelo, encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dártelo todo"!

A primera vista podría pensarse que esta parábola no tiene mayor relación con el mensaje de esta noche. Analicemos, sin embargo, algunos rasgos de la densidad de su contenido.

No es raro hoy día encontrarse con personas que piensan que, alejándose de Dios, pueden hallarse a sí mismos, entender mejor el sentido de la existencia humana, comprender más acertadamente los adelantos de la ciencia, poder comprometerse en lograr un mundo más justo y progresista. Llegan inclusive a creer que Dios es un obstáculo que empobrece al hombre porque lo coloca en una situación pasiva y servil.

Tiene esto bastante parecido con la actitud del mendigo de la parábola, que, desconcertado, pudo pensar que el rey hacía burla de su propia miseria y llegaba a recrudecer su pobreza al pedirle "alguna cosa" a quien casi nada tenía. Sólo cuando el mendigo encontró el grano de oro en la miseria del montón, lloró amargamente de no haber tenido corazón para reconocer el gesto del rey.

Es verdad que, como dice el Concilio, algunas actitudes de cristianos velan el verdadero rostro de Dios y lo muestran como un ser lejano, ajeno a las inquietudes de los hombres, duro y exigente hasta tal punto que su exaltación, su gloria, parecería que exigiera el hundimiento progresivo del hombre. Pero este no es Dios. El Dios verdadero es aquel que tiene por gloria suya, según la observación de San Ireneo, al "hombre que vive", es decir, el hombre que se desarrolla y progresa en la totalidad de su ser, en su unidad de cuerpo y alma, y en sus relaciones con el mundo de las personas: la inmensa comunidad de la familia humana.

Quienes, en el progreso científico, no llegan a descubrir a Dios y se atreven a decir que, en sus maravillosos vuelos espaciales, por ninguna parte lo encontraron, acusan la miopía y superficialidad del mendigo de la parábola.

Dios no solo no se opone a los progresos científicos, sino que, en los auténticos avances del hombre, está su huella. Dios quiere que los hombres, en su actividad, vayan liberándose paulatinamente y progresen hasta alcanzar una eternidad que es una invitación a su perfeccionamiento total. Esto es entender a Dios y comprender su plan: aceptarlo es encontrarse el hombre a sí mismo. Un célebre científico de nuestros días ha dicho: mientras más cristiano soy, más intensamente amo a Dios y más intensamente amo al mundo.

Volviendo a la parábola, lo que el rey pidió al mendigo no era otra cosa que darle la oportunidad de salir de su miseria. Cuando Dios nos ofrece su pan y, al aceptarlo nosotros, nos exige la hermosa aventura de nuestra fidelidad, no es otra cosa que darnos la oportunidad de ser verdaderamente hombres en un mundo verdaderamente humano.

¡Qué maravilloso es darse cuenta de que en Dios encontramos la profundidad de todo lo bueno que anhelamos y hacemos!

Así se ha revelado Dios a través de la historia. Cuando nos acercamos a la Biblia, podemos encontrar una constante en la historia del hombre: las continuas tentativas que Dios realiza para que los hombres formen un pueblo y hallen, en la comunidad, el desarrollo de sus propias aspiraciones, su felicidad y su salvación. Los creó hombre y mujer para que pudieran formar una familia en la cual hallaran su perfección y el logro de sus anhelos de comunidad, de servicio mutuo y de entrega. Los llamó de la servidumbre de Egipto a la libertad de hijos, para formar un pueblo consciente de su misión, de su unidad y de su papel en la preparación de la comunidad que Cristo vino a realizar. Hizo con ellos una Alianza o pacto, les dio reyes, profetas y sacerdotes, como garantía de unidad. Siempre se preocupó por ellos en cuanto eran su pueblo, reunido y convocado por su amor, por sus palabras y por sus continuas pruebas de predilección.

Sólo la revelación de Dios, a través de la historia de Israel y de la Iglesia, muestra claramente a todos los hombres la meta de lo que buscan y la forma de hacer reales sus anhelos de comunidad.

Ha sido Dios quien, en Cristo y por medio de su obra y de su palabra, nos ha revelado nuestra condición de hermanos y nos ha capacitado para vivir de acuerdo con esa vocación.

De esta manera, construír la comunidad es realizar lo que Dios quiere y lograr la perfección humana.

MENSAJE NUMERO 4 — CRISTO, EL CONVOCADOR

Ha habido, en la historia de los hombres, personajes claves que han encauzado las aspiraciones de un grupo humano y han trabajado por un ideal que ha beneficiado no solo a un individuo, sino a toda la colectividad.

El caso más claro es el de los líderes de los pueblos que, en el curso de las cambiantes situaciones del mundo, aspiran a conseguir para sus demás hermanos una vida más de acuerdo con sus anhelos y su dignidad. Por ese ideal se sacrifican y aportan sus mejores valores y esfuerzos. Al mismo tiempo, el grupo encuentra en esa personalidad su mejor vocero, su más desinteresado servidor y ven en él el resumen de todos sus deseos de paz, de libertad y de superación.

Hoy, en la asamblea familiar que nos agrupa solidariamente, orientaremos nuestro diálogo en torno de un personaje que es precisamente la causa, el motivo y el centro de nuestras asambleas y del Congreso Eucarístico. Es él quien nos enseña a dialogar porque él ha sabido como ningún otro entrar en contacto con nosotros y ser vínculo de amor y de servicio.

Cuando nos acercamos a considerar la persona de Cristo y su función en la historia del mundo y de los hombres, podemos apreciar que El ha sido el caudillo por excelencia de una nueva humanidad, de la humanidad que deseamos construír. Cuando a través de las Escrituras y de la Iglesia descubrimos su figura, podemos experimentar una gran afinidad, una especie de simpatía profunda ante aquel que ha hecho suyo nuestro propio destino. Lo vemos como nuestra Cabeza, como el tipo ideal de hombre. En una palabra, como el Hombre que aspiramos llegar a ser.

San Pablo nos dice que Dios Padre creó todas las cosas y el hombre mismo en función de Cristo y, que en su Hijo, veía el modelo y la imagen del hombre invitado a participar de la vida de Dios. Dios nos creó para que pudiéramos llegar, a través de un camino de desarrollo y de progreso humano, con los valores espirituales y materiales que este desarrollo implica, a hacernos semejantes a Cristo nuestro Señor.

Cristo se convierte en el polo de atracción de todos los hombres. Yo he venido, nos ha dicho, para congregar a los hijos dispersos. Yo quiero que los hombres sean uno, como Yo y mi Padre somos una sola cosa.

El ha venido para constituír una comunidad entre los hombres; pero no solo una estructura exterior, sino ante todo un espíritu que vivifique esa misma estructura. ¿De qué nos sirve tener instituciones, estructuras, reglamentos, leyes que garanticen y den existencia a una comunidad, sea en el plano internacional, nacional o familiar, y aun dentro de la Iglesia misma, si la comunidad no existe en el corazón de los hombres?

Cristo busca crear comunidad ante todo en la conciencia de los hombres. El sabe —y son múltiples los ejemplos que hallamos en el Evangelio— que las solas estructuras exteriores pueden ser una apariencia que esconda el verdadero rostro de la comunidad. Por esa razón se dirige al corazón de los hombres y les enseña la posibilidad de integrarse en una comunidad de amor y de servicio mutuo.

Todos sus gestos, sus actitudes, sus palabras tienden a crear la comunidad. Yo soy el Buen Pastor, nos dice: y el buen pastor no hace otra cosa sino congregar en la unidad y en el amor a su rebaño. Yo soy la Luz: y todos sabemos que la luz es un foco de unidad y de atracción. Yo soy el Camino: y el camino sirve precisamente para indicarnos nuestro destino, la meta que aspiramos obtener; al mismo tiempo, el hecho de sentirnos recorriendo un mismo camino hace que experimentemos una situación de hermanos, solidarios en la marcha, agrupados y resueltos a apoyarnos en ella. Yo soy el pan de vida: y todos comprendemos que el alimento compartido nos vincula, ya que sacia una misma hambre y nos hace sentar alrededor de una misma mesa.

Cuando realiza un milagro no busca lo espectacular, quiere ante todo establecer con el enfermo una amistad y un diálogo personal; despierta en él una actitud de confianza; se manifiesta como alguien en quien se puede esperar sin temor, sin malas caras, sin reproches, pero quien exige una firme disposición de fe. Cuando cura a un leproso busca la forma de integrarlo en la comunidad de la cual había sido desechado. Cuando resucita a un muerto, quiere restablecer las relaciones familiares y devolver a un ser querido a la comunidad de la cual había sido arrancado.

Forma un grupo de discípulos y los congrega alrededor de su Persona y de su doctrina. Con su muerte en la Cruz y con su Resurrección se consti-

tuye en el centro de toda la humanidad y la atrae hacia sí. En adelante nosotros podremos encontrar a Dios en la medida en que nos sintamos unidos a Cristo, quien ha roto la barrera que nos separaba del Padre y de los demás hombres a causa de nuestras infidelidades, y podremos encontrarnos con El en una verdadera comunidad. Ya no habrá división entre cristiano y pagano, entre blanco y negro, entre rico y pobre. Todos somos invitados por Cristo a formar una única comunidad, cuyo fundamento será la fe en su Persona.

Esa comunidad tendrá como alma el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones. Todos nosotros sabemos que el amor es el mejor signo de la verdadera comunidad porque supone y exige una entrega recíproca y un mutuo servicio. El que ama busca servir al ser amado, ofrecerle lo más rico de su propia persona; más aún, su propia persona. Cuando nos sentimos amados por alguien aspiramos inmediatamente a integrarnos en su amistad y llegamos a ser capaces de sacrificarnos por él. Cuando amamos, nos damos cuenta de que no podemos quedarnos aislados, solitarios, sino que necesitamos abrirnos a la persona que amamos para apoyarnos en ella y esablecer con ella una comunión de ideales, de pensamientos y de iniciativas. El amor crea la comunidad, la vivifica y la sostiene. Cuando este amor es compartido por muchos, la comunidad se amplía ye se hace creadora. Esto es lo que ha querido realizar el Señor con nosotros: una comunidad de hermanos animados por el mismo amor, el amor que El ha manifestado y que nos ha comunicado.

Este amor es capaz de sacrificarse, pues amar significa renunciar al propio egoísmo, a los intereses que puedan perjudicar a la persona a quien se ama. Cristo sabe que su comunidad será el resultado de su propio sacrificio, acepta dar su vida por sus amigos para crear la comunidad en la que el único vínculo sea el amor.

Dijimos que no bastaba dar una ley o crear una estructura, sino que, además de la ley externa, es necesario que se nos dé la capacidad de cumplirla. Por eso el Señor nos ofrece su Espíritu de amor, el cual no solo nos indica la manera de crear la comunidad, sino que nos da la fuerza para realizarla.

En estas asambleas familiares, además de las relaciones nacidas de la amistad, de la vecindad, debemos ser conscientes de que compartimos una misma fe, una misma esperanza, una misma serie de responsabilidades y de compromisos. Hay algo que no solo es mío, sino que es también de los otros. Ese algo está en mí para ser comunicado y en los otros para ser ofrecido. Hay, por tanto, una verdadera reciprocidad en lo poseído. Ello me hace sentir responsable de los otros, de su vida, de sus problemas, de sus necesidades. Sentirnos obligados a compartir y afrontar, con realismo y audacia, los problemas de la comunidad familiar, parroquial, diocesana, nacional y aun mundial, para aportar algo a la solución de los mismos, es mostrar que nuestra fe es encarnada y que ella penetra a todos los ámbitos de nuestra vida.

En este intercambio de experiencias y de vida, en esta misma asamblea familiar, Cristo es el centro, la Cabeza, el Unificador, el que nos proporciona en su Persona el Principio de unidad y de amor. El nos llama, nos invita, nos compromete y nos da la fuerza para crear la comunidad y hacerla fecunda.

MENSAJE NUMERO 5 — LA PASCUA

En nuestra asamblea pasada tuvimos la oportunidad de comprender un poco mejor la responsabilidad que tenemos los cristianos en colaborar para que, en torno de Cristo, los hombres vayan logrando su unidad.

Esta misión, tan propia del cristianismo, se enfrenta, sin embargo con una serie de obstáculos innegables que es necesario considerar para poder superarlos. Existe de hecho la aguda tensión entre los anhelos de libertad y la real situación de esclavitud en que gran parte de la humanidad vive todavía. Por esto el Concilio nos hace caer en la cuenta de que "Jamás tuvieron los hombres un sentido tan agudo de la libertad como hoy, pero entre tanto siguen naciendo nuevas formas de esclavitud social y síquica".

Esta valerosa afirmación del Concilio está plenamente respaldada por una serie de hechos que fácilmente podemos observar. Por una parte, las declaraciones de derechos humanos: la independencia de pueblos, el deseo de libertad de generaciones jóvenes, etc.; por otra parte, el hambre de las dos terceras partes de la humanidad, los colonialismos económicos, ideológicos y políticos, la ambición del poseer, etc.

Ante estos hechos alguien podría preguntarse: será acaso la libertad real un ideal inalcanzable, o tal vez patrimonio de unos pocos?

El cristiano, a la luz de la fe, encuentra una respuesta: "Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud".

En la Basílica de San Juan de Letrán, en Roma, se conserva una hermosa Capilla en la que los primeros cristianos celebraban una ceremonia de pronfudo significado.

Al filo de la medianoche del Sábado Santo, el Obispo encendía el Cirio de la Pascua, imagen de Cristo Resucitado, mientras resonaba este alegre canto: "Luz de Cristo". Los fieles encendían en la llama del Cirio Pascaul las velas que portaban. Poco a poco, lo que antes era oscuridad se transformaba en una inundación de luz. Se entonaba, entonces, el gran aleluya de la Resurrección, en la celebración Eucarística. Esta fiesta cristiana, la principal de la Iglesia, se continúa celebrando hoy en todos los templos del mundo.

¿Qué representa esta celebración? Es entusiasta reconocimiento de la comunidad liberada por Cristo. Se puede tener la tentación de pensar que la Pascua, pasó de la servidumbre a la libertad, es algo que queda perdido en un pasado del cual hacemos memoria.

La liberación del pueblo hebreo de la esclavitud en Egipto, lograda por la amorosa intervención del Dios que había escuchado sus gemidos, era la figura y el anuncio de la liberación definitiva de la humanidad por Cristo, la cual continúa realizándose a lo largo de nuestra propia historia.

A la luz del Misterio Pascual, muerte y resurrección de Cristo, por el cual somos liberados, el cristiano está en condición de comprender el verdadero sentido de la libertad. La Pascua es la victoria del amor sobre el egoísmo. La libertad del hombre no puede interpretarse sino en el amor que vence al egoísmo, enfermedad de la humanidad, que parece recrudecerse en nuestros tiempos.

Algunos creen que la libertad es la posibilidad de dar rienda suelta a los caprichos y veleidades de su voluntad. Por eso, en nombre de la libertad, se exalta, por ejemplo, el desenfreno del sexo, se rechazan por sistema las legítimas normas que impone la vida en sociedad, se defiende una curiosa forma de libertad de opinión: la de hablar solos, sin oír a los demás, para poder im-

poner los propios puntos de vista; se tutela, como si fuera un santuario, una modalidad de propiedad que se confunde con una posesión de bienes que excluye a los demás.

Quienes así piensan y obran no se dan cuenta de que, de esta manera, con una actitud que es la manifestación de su egoísmo, lejos de liberarse se esclavizan más. Solo el que sabe amar es verdaderamente libre.

A la luz del misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo, el cristiano toma clara conciencia de las servidumbres que sufre el hombre de nuestros días y que son serios obstáculos para su promoción y desarrollo, única riqueza auténtica y deseable, que constituye el resumen de todos sus deberes.

Es tan esclavo el que carece hasta de lo indispensable para subsistir, como el que, poseyéndolo todo, atado a su ambición, no se da cuenta de la miseria de su propio egoísmo.

Quizás nos puedan ser útiles las reflexiones de un notable pensador, si tenemos en cuenta que no faltan seres pobres de bienes, pero atormentados por la codicia de su corazón. La esclavitud puede darse, en efecto, tanto en el que tiene bienees como en el que carece de ellos. Estas son las consideraciones de Vigil:

"Pobres los que han robado el trabajo de los otros; pobres los que no tienen necesidad de trabajar; pobres los que matan el tiempo para que el tiempo no los atormente; pobres los que satisfacen todos sus gustos; pobres los que saben que con dinero todo se consigue; pobres los que llevan joyas a los santos de los templos y pasan insensibles ante los niños que tiemblan de hambre y de frío; pobres los que caminan y no conocen su camino; pobres los que se apuran por llegar y nunca se han preguntado a dónde van...

Ricos, los ricos de paz, los sobrios y los rectos; los que gozan de la alegría de su buen corazón y no roban la ajena; los que pueden dar a los otros de su bien y de su paz, de su alegría y de sus riquezas, y de todo esto dan, en la buena palabra de la verdad y en la buena caridad de la justicia".

La Encíclica sobre el Desarrollo de los Pueblos nos ha presentado nítidamente cuál es la línea de liberación del hombre: "verse libres de la miseria, hallar con más seguridad la propia subsistencia, la salud, una ocupación más estable; participar todavía en las responsabilidades, fuera de toda opresión y al abrigo de situaciones que ofenden su dignidad de hombres; ser más instruídos. en una palabra, hacer, conocer y tener más para ser más".

Hay necesidad, por consiguiente, a la luz del misterio Pascual, de que el cristiano se comprometa efectivamente en luchar, inspirado por el amor, para que vayan desapareciendo todas las esclavitudes en las que está todavía sumergida gran parte de la humanidad: el hambre, la ignorancia, las guerras, y la fuente de todas las servidumbres: el egoismo. Ser libres es una conquista que el hombre debe ir logrando progresivamente. Es, por tanto, una empresa de amor liberarnos para liberar a los hombres y al mundo.

El triunfo del Señor debe alimentar nuestra esperanza para no decaer en nuestro compromiso de fidelidad: perseverar en un trabajo incesante que nos llevará a la plena libertad, cuando la Resurreción de Cristo se manifieste también en nosotros por la glorificación total en el cuerpo y el alma.

Terminemos escuchando el fervoroso llamamiento del Papa: "Todos los cristianos, nuestros hermanos... querrán ampliar su esfuerzo común y concretarlo a fin de ayudar al mundo a triunfar del egoísmo, del orgullo y de las

rivalidades, a superar las ambiciones y las inquietudes, a abrir a todos el camino de una vida más humana en la que cada uno sea amado y ayudado como su prójimo y su hermano...".

MENSAJE NUMERO 6 — LA NUEVA HUMANIDAD

En la Asamblea pasada consideramos el papel que Cristo ha tenido como liberador del hombre y como meta de nuestras aspiraciones de unidad. Hoy queremos dar una ojeada a la humanidad que Cristo nos invita a construír.

Todos los días los periódicos del país nos informan acerca de nuevos descubrimientos, de nuevos pasos en el diálogo entre los hombres en busca de una mayor y más sólida fraternidad. Hace algunos meses estuvimos pendientes de los trasplantes de corazón realizados en Suráfrica y en los Estados Unidos; hemos seguido además otras noticias, quizás menos difundidas pero de gran importancia, sobre los esfuerzos que se vienen haciendo por la unidad: la visita de Atenágoras a Roma, los diálogos realizados, en varios países, entre cristianos y no cristianos, alrededor del problema fundamental de nuestro tiempo: el Hombre.

¿Qué es el hombre? ¿Cuál es su destino? ¿Cuáles son sus derechos y sus aspiraciones? Hoy, más que nunca, el centro de todas las inquietudes lo constituye el hombre. El cristiano y quien no lo es, hallan en él un lugar común de encuentro: el médico investiga y realiza experimentos para beneficio del hombre, el sicólogo quiere conocer sus actitudes profundas y su comportamiento para ayudarlo, el líder social busca ofrecerle condiciones más favorables de vida. La Iglesia se presenta como la Servidora de la humanidad y quiere ofrecerle, como propia, una visión global del hombre y de su destino. En fin, todos nos preocupamos por el hombre.

Todas estas inquietudes comienzan a dejar de ser tan solo patrimonio de los círculos intelectuales, de los laboratorios de los hombres de ciencia, de los programas escritos por los partidos políticos o por las confesiones religiosas, para volcarse sobre el hombre real que marcha por las calles del mundo, hambriento, sin techo, sin posibilidades de cultura, con escasos recursos económicos, o sumido en el espejismo egoísta del momento presente, del bienestar material, agitándose de un lado a otro en busca de algo que lo pueda saciar a cada instante. Ese hombre es el objeto de nuestras preocupaciones. ¿Qué perspectivas tiene? Se escuchan diversos pareceres: voces optimistas, voces recelosas, profetas de desgracia, como también voces de aliento y de esperanza.

Ha llamado la atención un artículo que apareció en un diario de la capital, hace ya algún tiempo, sobre las posibilidades del hombre en el año 2.000. El autor del artículo resume las ideas del doctor Hermann Kahn, quien predice, para el final del siglo, la edad de oro de la humanidad. Afirma que los 33 años próximos se caracterizan por un aumento irresistible del progreso y que, en el año 2000, tendrá lugar el más fabuloso milagro económico a nivel mundial. La sociedad extenderá su bienestar y la faz del mundo experimentará una profunda transformación. El gran descubrimiento lo constituirá la bús-

queda del placer. Alcanzaremos un grado de civilización único en la historia de la humanidad. La única gran crisis que se prevé, dice Kahn, no será política, ni nuclear, ni económica. Será moral. El hombre debe hallar incesantemente nuevas razones de vivir en medio del confort prodigioso que lo rodeará... En el fondo de las ilusiones del doctor Kahn podemos vislumbrar algo de verdad que le mundo ya está experimentando.

Si es cierto que las dos terceras partes de la humanidad padecen aún hambre, que la economía de muchos países pobres está en manos de los poderosos, que un porcentaje elevado de personas no han llegado siquiera al umbral de la cultura, es por otra parte también cierto que el hombre de hoy es cada vez más consciente de la necesidad de superar estas situaciones injustas y de ofrecer para toda la humanidad unas mejores condiciones de vida. Aquí surge un nuevo problema: ¿Con qué criterios se realizan estos esfuerzos? Nuestra meta es crear una sociedad rica en bienes de consumo o más bien una sociedad rica integralmente, es decir, en bienes materiales y bienes espirituales? En fin de cuentas, qué busca el hombre?

El busca con afán algo que lo saque del tedio rutinario de la vida, que él le dé una razón de vivir, de amar, de ofrecerle lo mejor de él mismo. El hombre de hoy busca ante todo ser más, como nos dice el Papa en su última Encíclica sobre el Desarrollo de los pueblos.

El Papa, fundado en la fuerza y en la autoridad del Evangelio, nos dice que nosotros buscamos el hombre nuevo que ha nacido de la resurrección de Cristo, el hombre abierto al progreso, al servicio, al amor, y que, en la medida en que nosotros nos incorporemos a Cristo, tenemos abierto el camino hacia el verdadero progreso, que consiste no en tener más, sino en que cada día seamos más: más libres, más generosos, más capaces de dar a los demás amistad, ayuda, amor, posibilidades de progreso.

La vocación al progreso verdadero, al cual está llamada América Latina, consiste en el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas.

Menos humanas, tales como las carencias materiales de los que están privados del mínimum vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas, como las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de las injusticias de los negocios.

Más humanas a saber: el paso de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura; más humanas también, tales como el aumento en la consideración de la dignidad humana de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Pero si este progreso quiere ser todavía más humano debe desembocar en el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que es su fuente y su fin, y como plenitud del progreso humano se halla la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres para participar como hijos en la vida de Dios, Padre de todos.

Es esto último lo que le da sentido a todo el progreso. Sin ello las etapas anteriores quedan incompletas. Y el alma de este progreso es la resurrección de Cristo hacia la cual tendemos todos. Por esta razón, nuestro progreso no llegará a su plenitud en el año 2000. Nuestro progreso tendrá su plenitud

cuando plenamente nos hagamos partícipes de la resurrección de Cristo. Nuestras aspiraciones no conocen en esta tierra un punto final. Podríamos más bien decir que, en cualquier etapa de la historia, nos encontramos con continuos puntos suspensivos, que nos abren el camino a un progreso siempre mayor. El cristiano que cree en la resurrección de Cristo no podrá sentirse jamás instalado en un orden terreno por más perfecto que sea. Siempre tendrá que confrontar con su fe en la resurrección del Señor, todos sus esfuerzos reales por un aténtico desarrollo. Tendrá que contribuír con lo mejor de sí mismo a construír la casa presente, la sociedad humana: tendrá que denunciar las injusticias de todo género, pero con la conciencia de que esa casa no es definitiva, sino que es una etapa fundamental en la marcha hacia Dios: porvenir y futuro absoluto del hombre.

Esto es edificar el Hombre nuevo, el único hombre que puede existir de verdad. Este es el hombre que necesitamos en América Latina, llamado al progrso en todos sus niveles, material y espiritual.

En la edificación de este hombre, la Iglesia debe estar presente por exigencia de su propia vocación. Ella debe testimoniar con sus hechos que no ha sido solamente parte integrante en el proceso de la formación de cada uno de los países de América Latina, sino que quiere ser, también hoy, faro de luz y de salvación en el proceso de transformación en curso. Y puesto que esta transformación exige renunciar a situaciones ambiguas, dar pasos audaces en la promoción de las reformas necesarias, ella quiere ser la primera en mostrar con actitudes concretas que impulsa la creación del hombre nuevo.

El Congreso Eucarístico y todas las etapas de su preparación han estado marcadas con el sello del humanismo integral: el que nos ofrece la fe en la Eucaristía y en la resurrección de Cristo. Por ello y como consecuencia de nuestra celebración de la Eucaristía, Vínculo de Amor, brota la exigencia de que todos los cristianos nos sintamos comprometidos y obligados a construír para Colombia el hombre nuevo. Con esta perspectiva de progreso llegará el año 2000, pasarán los años, y siempre tendremos una razón para vivir más allá de la civilización del placer y del consumo, porque "nuestra ciudadanía se encuentra en los cielos, de donde esperamos que venga el Salvador, el Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo mortal asemejándolo a su cuerpo glorioso".

MENSAJE NUMERO 7 — LA IGLESIA, SACRAMENTO DE UNIDAD

En las semanas anteriores hemos estado reflexionando sobre el designio de Dios de reunir a todos los hombres en una sola familia, cuyos miembros estén vinculados entre sí por lazos fraternales de amor. Designio divino que se realiza por obra de Cristo, de suerte que, gracias a su resurrección, el Espíritu de Dios y de Cristo, que es Espíritu de amor, ha sido enviado al mundo y su fuerza actúa a través de todos los dinamismos humanos que trabajan por un mundo fraternal, más comunitario.

Hoy reflexionamos sobre la comunidad de los creyentes o seguidores de Cristo, comunidad que llamamos Iglesia. Pero nos limitaremos a una sola

idea, bastante general, ya que en las semanas siguientes tendremos ocasión de considerar otros aspectos de la Iglesia. Se trata de responder básicamente a una pregunta: ¿Qué es la Iglesia? ¿Para qué la Iglesia?

Podría parecer una pregunta ociosa cuando todos nosotros creemos conocer la Iglesia, ya sea porque hemos nacido y vivido en su seno, ya porque es realidad con la que estamos en contacto más o menos frecuente, en una u otra forma. Sin embargo, para decirlo con palabras del Papa Paulo VI, "no hay que extrañarse si, después de veinte siglos de cristianismo y del gran desarrollo histórico y geográfico de la Iglesia católica y de las confesiones religiosas que llevan el nombre de Cristo y se honran con el de Iglesias, el concepto verdadero, profundo y completo de la Iglesia, como Cristo la fundó y los apostoles la comenzaron a construír, tiene todavía necesidad de ser enunciado con más exactitud. La Iglesia es... siempre capaz de nuevas y más profundas investigaciones". "Está fuera de duda que es deseo, necesidad y deber de la Iglesia que se de finalmente una más meditada definición de sí misma".

Hay una anécdota —histórica o ficticia, no interesa— que puede servirnos de imagen o parábola para comprender lo que ha de ser la comunidad de los creyentes, la Iglesia.

En alguna ocasión, tres albañiles que trabajaban en una construcción se ocupaban en la misma labor de pegar ladrillos.

El primero hacía su trabajo cuidadosamente y con gran sentido del deber, pero su rostro solo reflejaba cansancio. ¿Qué haces?, le preguntaron. Y respondió: Estoy colocando ladrillos.

El segundo no era menos cuidadoso, su sentido del deber no era menor y también sentía el cansancio. Pero en su rostro había un poco de alegría. ¿Qué haces?, le preguntaron también. Estoy levantndo una pared, respondió.

El tercero trabajaba con igual empeño. Pero acompañaba su trabajo con canto y su rostro deflejaba alegría y entusiasmo. ¿Y tú qué haces? Estoy construyendo una catedral, fue su respuesta.

Los albañiles somos todos los hombres que, a través de múltiples esfuerzos, pequeños unos, grandes otros, estamos construyendo el futuro del hombre: la humanidad unida por vínculos de diferentes clases: económicos, culturales, políticos, sociales, pero sobre todo por vínculos personales de solidaridad, de fraternidad, de amor.

Los materiales con que se construye varían de calidad: serán materiales fuertes y duraderos, que aseguran la solidez y permanencia de la construcción, como es todo lo que establece o fomenta el amor entre los hombres; serán materiales que se deteriorarán en parte y habrá que reparar, como es todo aquello en que al amor se mezcla el egoísmo o en que a la persona no se le reconoce todo su dignidad; serán materiales que se destruirán y habrá que reemplazarlos por completo, como es todo lo que es fruto del egoísmo y todo lo que degrada o esclaviza al hombre.

Algunos colocan sus ladrillos sin darse cuenta de lo que construyen; su visión es limitada; no tienen conciencia del valor grandioso de la obra que están realizando. Simplemente ven los ladrillos que ponen.

Otros ven algo más, son conscientes de que construyen un mundo mejor y de que sus esfuerzos no son estériles, están llenos de esperanza. Pero su horizonte es todavía limitado: no alacanzan a ver la meta última a donde se

dirigen los esfuerzos humanos; no alcanzan a ver tampoco el fundamento de la esperanza que los anima.

Otros, en fin, tienen una visión muchísimo más amplia: reconocen que sus esfuerzos por construír una humanidad más fraternal están llenos de esperanzas, porque están fundados en el amor mismo de Dios y hacia El tienden. Tienen una visión global del hombre y del mundo.

Esta visión amplia y global se escapa a los ojos puramente humanos, es una visión que nos da la fe. Por eso la Iglesia, comunidad de los creyentes, considera que esta visión le es propia.

Pero no la posee para sí sola y para su exclusivo provecho. Por el contrario, siente que esto la hace responsable de difundir esta luz,para beneficio de la humanidad toda. Siente que ella misma, a través de toda su vida, ha de ser una señal clara de esta unidad fraternal de todos los hombres, que tienen su fuente y su meta en Dios. Sienten que ella misma está llamada a servir de instrumento para que esta unidad se acerque cada vez más a su perfección.

Siente, igualmente, que no puede cumplir esta responsabilidad aislándose del resto de la comunidad humana, cuyos gozos y esperanzas, tristezas y angustias son también suyas, sino, por el contrario, siendo íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia. Es más, siente la Iglesia que, por tener una visión más amplia y una esperanza más fundada, sus hijos han de sentirse más obligados a trabajar con empeño y abnegación en la construcción del hombre.

Pero siente también que este servicio lo ha de prestar, para que sea realmente un servicio, con humildad y sencillez, con ánimo de colaboración leal y desinteresada.

Resumiendo, diremos con el Concilio que "la Iglesia es señal de instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" y que considera su deber presentarse así, de manera especial en este tiempo, para que "todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales, técnicos y culturales, consigan también la unidad completa en Cristo".

El Congreso Eucarístico, cuyo lema es precisamente "la Eucaristía, vínculo de amor" ha de ser para los cristianos de Colombia, una invitación a asumir con generosidad y valentía su responsabilidad de ser señal e instrumento de una humanidad fraternal en Cristo.

MENSAJE NUMERO 8 — LA IGLESIA LOCAL

Hemos visto que la Iglesia es la comunidad de los creyentes, es decir, la comunidad de aquellos que han recibido y aceptado le plan de Dios por el cual conocen el sentido y la finalidad de la marcha del mundo. Por esto, su misión es reconocer los auténticos valores humanos, en donde se encuentren, y hacer conscientes a todos los hombres de su vocación, responsabilidad y compromiso de transformar el mundo, según la expresión de Pío XII, de selvático en humano, de humano en divino, según el Plan de Dios.

Es frecuente oír la expresión: "todos somos Iglesia". Esto ciertamente

representa un avance con relación a épocas muy lejanas en que por Iglesia se entendía el círculo reducido de los que se llaman eclsiásticos: el Papa, los Obispos, sacerdotes y religiosos. Sin embargo, existe el peligro de limitarnos a repartir frases muy acertadas y de gran contenido, pero que, en la realidad de la vida, pueden significar para algunos poco o nada. Reflexionemos esta noche acerca de la manera cómo vamos a dar testimonio de que somos verdaderamente Iglesia.

De vez en cuando nos enteramos, por la prensa o por la radio, de que el Papa ha creado una nueva Diócesis, o el Arzobispo de Bogotá ha constituído una parroquia en la ciudad. ¿Qué utilidad y significación puede tener esto?

En cierta ocasión, un hombre importante, con grandes conocimientos y extraordinarias cualidades oratorias, pasaba cerca de una parcela en donde un campesino, azadón en mano, removía la tierra. Se acercó al campesino tratando de investigar qué conocimientos tenía sobre la Patria. El campesino no sabía responder a las pregnutas del hombre erudito, el cual trató de explicarle, en bellas frases, qué era la Patria. Habló de su firmamento, del esplendor de sus montañas, de la riqueza de su suelo, de sus nieves perpetuas, de las bellezas de sus paisajes, de la gloria de sus próceres, etc. El campesino se rascaba la cabeza y parecía no entender demasiado. Se atrevió, sin embargo, a decirle: Doctor, yo no sabría decir cosas tan lindas, pero sí tengo la satisfacción de estar construyendo lo que usted quzás tan solo sabe cantar. Este campesino comprendía que la patria deja de ser teoría y se convierte en realidad, en los caminos que se abren, en la tierra que se cultiva, en las fábricas, en las construcciones, en las bancas de la escuela, etc. La totalidad de la patria le salía al paso en el lugar donde vivía y desde donde realmente la sentía y colaboraba en continuar su grandeza.

Así también la Iglesia, en toda su dimensión universal, se hace para el cristiano realidad concreta en la comunidad de los vecinos con quienes vive en una misma fe, en la misma esperanza y con el mismo amor; con quienes comparte el mismo pan de la Palabra de Dios y los mismos sacramentos, bajo las naves del mismo templo y con la guía y el servicio del mismo pastor. Este es el sentido de la creación de nuevas diócesis y nuevas parroquias: en ellas, la Iglesia universal sale al paso de cada hombre y lo hace consciente de la responsabilidad que tiene en construír el mundo, según el Plan de Dios.

La primitiva comunidad cristiana nos muestra cómo se hace realidad la expresión: "Somos Iglesia". Oigamos la sencilla descripción que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles, a estrechar su unidad, a la fracción del Pan y a las oraciones... Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común... Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en sus casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar".

Fijémonos en algunos rasgos fundamentales que nos presenta la vida de la comunidad primitiva:

El Apóstol, testigo de la Resurrección de Cristo, convocaba y reunía a la comunidad alrededor de la enseñanza de la Palabra de Dios, que proclamaba y explicaba a la luz de los hechos.

Vivían unidos en torno de la misma Mesa Eucarística y esa unión los llevaba a comunicar sus bienes con alegría y sencillez.

Su alegre unidad despertaba la simpatía de todo el pueblo y, con una actitud de apertura hacia todos, sin otro poder que el de la fuerza de Cristo Presente en ellos, iba creciendo el número de los creyentes en el Señor Jesús.

En una palabra, estos primeros cristianos vivían de la comunión en una misma fe, en una misma esperanza y en un mismo amor. Eran así la señal y el instrumento del Plan de Dios ante el mundo pagano de su tiempo. Las gentes de Roma, de Grecia, de Efeso, etc., decían admiradas: "Mirad cómo se aman".

La diócesis y la parroquia están llamadas a realizar este tipo de comunidad. Los cristianos, reunidos en torno de un sucesor de los Apóstoles, a quien ha sido confiada una porción del pueblo de Dios, hoy como antes, siguen siendo convocados para ser, en nuestro tiempo, testigos de la Resurrección de Cristo, del cual nace la nueva humanidad unida por el amor.

En la edificación de la comunidad parroquial y de la comunidad diocesana, todos, jerarquía y laicado, compartimos conjuntamente la responsabilidad, aunque no sea en la misma forma, ni en el mismo grado. Hay diversidad de ministerios, de funciones, de dones: cada cual en el puesto a que ha sido llamado sin suplantar a otro, de tal manera que, en la diversidad, resplandezca, se vigorice y se enriquezca la unidad. Todo para la común utilidad y para que Cristo sea revelado a todos los hombres.

El Obispo de la Diócesis, el párroco, colaborador suyo, en la parroquia, están llamados a ser, a través de su ministerio pastoral, los servidores de la comunidad. Obispos, sacerdotes y laicos, según la clásica expresión de San Ignacio de Antioquía, deben armonizar como las cuerdas de una cítara, como un coro uniforme en el que Jesucristo mismo es cantado.

Démonos cuenta de la trascendencia que tienen estas asambleas familiares para la revitalización de la diócesis y la parroquia. En ellas nos congrega la Palabra de Dios que nos llega a través del Mensaje de quien es el padre de nuestra comunidad: el Obispo, el cual nos invita a continuar, con el mismo entusiasmo de los primeros cristianos, a dar en nuestro medio le testimonio conmunitario de "ser Iglesia" y comunicar su verdadero rostro al mundo.

MENSAJE NUMERO 9 — LA FAMILIA

El Amor implica cuidado. El Amor es Responsabilidad. El Amor es Respeto

¿Dónde está la causa o una de las causas más profundas del problema?, se preguntan, con honda preocupación, los sicólogos y los sociólogos cuando examinen los aspectos contradictorios que ofrece nuestra civilización contemporánea.

De hecho, la integración en la sociedad de muchas personas se torna cada vez más difícil. Lo muestran no sólo aquellos jóvenes que, en grupos frenéticos atentan contra el bienestar general, sino también el mundo de los mayores tantas veces sacudido por el tedio, por la angustia y por la inseguridad.

Un famoso sicólogo de nuestros días ha lanzado este serio interrogante: ¿Es posible que la vida de prosperidad, si bien satisface nuestras necesidades

materiales, nos deje, sin embargo, una sensación de profundo tedio, y que el suicidio y el alcoholismo, fenómenos tan alarmantes en países que presentan el índice más alto de progreso, sean los medios patológicos de escapar a esa tedio? Es posible, agrega, que esos datos revelen que la civilización moderna no satisface algunas de las necesidades profundas de la persona humana.

Hay una película que ha causado gran impacto: "West Side Story". Presenta la actitud de grupos juveniles, desvinculados de una sociedad que se les manifiesta como agresiva. Buscan una libertad, lejos de toda presión social, que les permita como una válvula de escape, dar paso a sus confusos anhelos y a sus recónditas angustias. Cantan en sus coplas la visión que tienen del mundo y acusan a sus propios padres de desinterés y distanciamiento en las necesidades y preocupaciones de sus hijos.

Siguiendo la insinuación de esta película, sería ciertamente simplista, a veces injusto, cargar sólo a los hogares con tal responsabilidad. Podemos, sin embargo, preguntarnos: ¿No hay mucho de cierto en la protesta de tantos jóvenes que ven la causa más profunda de su desintegración social, de su desorientación, en sus propias familias?

Quizás piensen algunos que el ángulo de la familia es demasiado reducido para enfocar y tratar de buscar solución a problemas complejos y de dimensiones amplias. Hay en esto una parte de razón, pero también hay un serio peligro de desorientación que puede tener y de hecho ha tenido graves consecuencias. Porque una cosa es admitir que no pueden interpretarse exclusivamente desde la familia todos los problemas humanos, ni siquiera aquellos que más directamente la afectan, y otra dejar de reconocer la trascendental importancia que tiene la familia y el papel insustituíble y definitivo que juega en la vida de los hombres.

La comunidad humana necesita imprescindiblemente de la familia. Vamos a considerar, en esta noche, algunos aspectos de la familia en su misión de educar al hombre para la comunidad.

Las dos últimas asambleas nos presentaron a la Iglesia, que para nosotros se localiza en nuestra diócesis y en nuestra parroquia, como el instrumento de Dios para la unión de la humanidad. Pero es precisamente la familia, llamada "Iglesia doméstica" por el Concilio Vaticano II, un lugar privilegiado en donde los hombres debemos encontrar respuesta a nuestros anhelos profundos de unidad, a nuestra necesidad de amar y de ser amados, y en donde se nos den las bases fundamentales de una educación comunitaria junto con la experiencia de vivir el espíritu de comunidad. Podemos decir que, en la familia, el Plan de Dios sale más inmediatamente al paso del hombre.

Es ciertamente significativo que uno de los temas estudiados en el Concilio, a pesar de tener ante sí tantos, tan variados y complejos problemas, ha sido el de esta pequeña Iglesia que es el hogar. El mismo Concilio da la razón: "La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada al buen ser de la comunidad familiar y conyugal".

Se ha restringido, con inexplicable facilidad, el término "educación" a la preparación académica y técnica. Con frecuencia los padres, cuando entregan sus hijos al colegio, se creen eximidos, respecto de ellos, de obligaciones a las que no pueden renunciar. Creen haberlos formado cuando, a veces, solamente han contribuído a amoblar su entendimiento con una serie de conocimientos ciertamente indispensables, pero que solamente no son suficientes

para crear una personalidad que enriquezca a la comunidad de que hacen parte.

El hogar es la escuela natural del amor, el cual está a la base de la auténtica promoción humana. El niño empieza a descubrir el mundo de las relaciones humanas a través de sus propios padres, de los que recoge el acopio de sus virtudes, pero también la marca de sus defectos. A medida que va creciendo y va ampliando sus relaciones con las demás personas, encontrará progresivamente el sentido de su existencia, su anhelo de superación, la necesidad de amar y de servir, su equilibrio, etc. En una palabra, irá madurando. Esta madurez no es normalmente posible cuando la vida se ha deslizado en un lugar poco amable, profanado por el egoísmo y por el temor al sacrificio. Un hogar, en el que el amor sea el gran ausente, tendrá hijos, pero no los formará. Los padres cuando aman de verdad —dice un importante sicólogo— sueñan con hacer grandes, fuertes, decididos, a sus hijos; sueñan con que sean personas. Y agrega: ¡Qué inadecuada es la expresión usual: "tener un hijo"!, como si se tratase solamente de "tener", cuando se trata de crearlo, de promoverlo, para él mismo y para los demás, con una personlidad potente y radiante.

En el amor deben encontrarse, en mutua relación y entrega, los esposos, los padres y los hijos, los hermanos, los dueños de casa y el servicio doméstico. Es así como la familia será escuela y base de la verdadera comunidad. Dice la Biblia que es mejor comer piedras donde hay amor que manjares donde no se ama. Pero tengamos en cuenta que el amor no es algo dado de una vez por todas, sino una conquista que, día a día, debemos hacer más profunda en nosotros.

Tomadas de un célebre sicólogo, presentamos algunas notas manifestativas de ese amor, las cuales adquieren su pleno sentido a la luz de la fe.

El amor —dice— implica cuidado: si una persona dijera que ama las flores y se olvida de regarlas, ¿creeríamos en su cariño por las flores? El amor se manifiesta en la preocupación activa por la vida y la perfección de quien amamos.

El amor es responsabilidad: es la actitud de quien está dispuesto a responder por otro. Se siente tan responsable por su prójimo como por sí mismo.

El amor es respeto: es anhelo de que el otro sea lo que debe ser, lo que Dios quiere que sea, es deseo sincero de que se desarrolle y crezca por sí mismo para que sirva a la comunidad.

El amor supone conocer al otro, compenderlo, aceptarlo como es, dialogar con él. El amor es encuentro, entrega, comunión.

Estas notas podemos complementarlas con las palabras de San Pablo: "La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia: se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta".

Lo anterior puede ser la base de un examen sincero para ver si entre todos los miembros de una familia hay o no lazos de verdadera comunidad.

La familia, por último, para cumplir el papel que venimos considerando, debe ser una comunidad abierta. Por eso, vale la pena anotar una actitud equivocada en la que se pueda caer y sobre la que debemos revisarnos: es el egoísmo de familia, que ocurre cuando las puertas de casa se cierran a toda otra comunidad, y entonces solo los de "mi sangre", los de "mi apellido", constituyen todo mi mundo. Los casos clásicos de las pugnas entre familias, que

la historia y la literatura han subrayado, no son solamente datos ya superados por la humanidad, sino peligros para las familias de hoy, que, en el exclusivismo y en la clausura de sus puertas, encontrarían el origen de su propia división interior, el empobrecimiento de sus miembros y de la misma comunidad humana.

Terminemos con una pregunta: ¿Podemos esperar una auténtica comunidad entre los hombres allí donde la pequeña Iglesia, que es la familia, no la realiza verdaderamente?

MENSAJE NUMERO 10 — LA IGLESIA COMUNIDAD DE CONVERTIDOS

A lo largo de nuestra asambleas hemos venido siguiendo las grandes líneas del Plan de Dios en la realidad humana. Si es verdad que la iniciativa viene de Dios, que quiere congregarnos para que en la comunidad realicemos el sentido de nuestra existencia, no es menos cierto que El espera nuestras respuesta, nuestra aceptación personal, libre y sincera.

El diálogo con los hombres, iniciado y continuado por Dios a través de los siglos, es una invitación paternal y amorosa. Pero es tal su condescendencia que ha querido ligar la realización de su Plan a nuestra decisión. Los profetas y los místicos han comparado este ofrecimiento de Dios a una declaración de amor, que no establece relaciones profundas sino cuando ha mediado. por parte del hombre, una aceptación consciente que significa todo un programa de vida.

Es necesario, por tanto, examinar cuál es la respuesta que estamos dando a esa voluntad de Dios. Allí donde nuestra manera de actuar presente deficiencias, un formalismo vacío y cómodo, estaremos en presencia de una respuesta superficial o desviada que frena, por así decirlo, el Plan de Dios. Así como allí donde nuestro comportamiento sea maduro y responsable, fruto de un libre y definido compromiso cristianno, el Plan de Dios encontrará la necesaria colaboración humana.

No podemos desconocer, con reprochable ligereza, el conjunto de valores que hay en nuestra manera de vivir el cristianismo. Sin embargo, una actitud honrada nos obliga también a enfrentarnos a nuestros propios defectos, con el ánimo de superarlos.

Su Santidad Paulo VI, en un discurso a los Obispos de América Latina, alabó los aspectos positivos del catolicismo latinoamericano, pero no dudó en señalar una cierta debilidad orgánica: "Se diría que la fe del pueblo latinoamericano debe alcanzar todavía una plena madurez de desarrollo". Asimismo, el Episcopado Colombiano, en su mensaje pastoral del año 1966 sobre "La Iglesia que todos debemos construír", con toda sinceridad manifestó que nuestro catolicismo presentaba algunos rasgos de inmadurez. Estas son sus palabras: "Esa inmadurez se manifiesta en múltiples aspectos de la religiosidad de los diversos sectores de nuestra sociedad cristiana. La fe no es, para muchos, una adhesión consciente y personal a Cristo, sino una actitud rutinaria determinada por factores familiares o sociales. No basta haber heredado la fe, o participarla simplemente del ambiente en que se vive. La fe tiene que proceder de un acto enteramente consciente y personal del que acepta a Cristo".

A la luz de las palabras del Papa y de nuestros Obispos veamos, en primer lugar, dos maneras inaceptables de entender y le vivir la relación del hombre con Dios.

No faltan quienes siguen pensando que el cristianismo es algo que debe estar al margen de las preocupaciones normales de familia, de trabajo, de estudio, etc., hasta le punto de juzgar que solo se es cristiano cuando uno se encuentra en el recinto de un templo, en una celebración religiosa, en la soledad de la oración. A estos, el mundo les parece que los aparta de Dios. Naturalmente, su vida se desliza en la irresponsabilidad familiar y social, y creen estar alcanzando su salvación con una serie ininterrumpida de prácticas, de devociones de moda, no exentas de infatil sentido milagrero. Esta actitud da pie a aquellos que ven en la religión la fuga hacia un más allá desconectado y aún opuesto a la responsabilidad que el hombre tiene en este mundo y, por lo mismo, eligen la vida con total olvido de la religión. Respecto de esta posición, el Concilio ha dicho que "se apartan de la verdad quienes, sabiendo que nosotros no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura, piensan que por ello pueden descuidar sus deberes terrenos, sin advertir que precisamente por esa misma fe están más obligados a cumplirlos, según la vocación con que cada uno ha sido llamado".

Tal vez el sector más numeroso esté constituído por aquellos que no eligen la religión en contra de la vida, ni abiertamente rechazan la religión para vivir mejor. Aceptan la religión y aman la vida, en lo cual aciertan. Sin embargo, como no saben la manera de conciliar estas dos dimensiones, que les parecen separadas, resuelven el problema en forma sencilla: Una parte del tiempo, casi insignificante por cierto, la dedican a prácticas cristianas: probablemente van a misa con alguna regularidad, participan en fiestas de tradicional importancia, se acercan al confesonario, etc.; el resto es un tributo al "mundo". Su fe en nada orienta su vida. Son dos mundos distintos en los que reparten su existencia. Este proceder ha sido denunciado por el Concilio como uno de los más graves errores de nuestro tiempo, que consiste en establecer un divorcio entre la fe y la vida.

Veamos, entonces, qué es responder de verdad. Los Hechos de los Apóstoles nos relatan la conversión de San Pablo. Todos conocemos los detalles de este episodio. Mientras se dirige a Damasco, Jesús le sale al paso e inicia él un diálogo singular: "Yo soy Jesús a quien tú persigues". ¿Quién eres tú, Señor?, pregunta Saulo, y por la respuesta que obtuvo, descubre a Cristo en la comunidad de los creyentes. En seguida Cristo le ofrece, sin imposición alguna, la posibilidad de una nueva dirección en su existencia: "Levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer". Saulo habría podido rechazar esta invitación siguiendo su propio camino. Sin embargo, movido por la gracia, se decide a correr, confiado, el riesgo y la aventura de lo desconocido. En la comunidad cristiana de Damasco, Pablo penetra más el sentido de su encuentro con Cristo. Adhiere, en la forma más libre, consciente y generosa, no solo a unas verdades y a unos preceptos, sino fundamentalmente a la realidad de la persona de Cristo. Entre Pablo y Cristo se establece una profunda y total relación personal, de tal manera que Pablo, invadido en su ser por el Cristo vivo, irá creciendo en su entrega hasta poder exclamar: "No

yo, es Cristo quien vive en mí".

La respuesta de Pablo se traduce en una fidelidad constante y progresiva, que lo lleva a afrontar vigorosamente los obstáculos, las luchas, las persecuciones. el trabajo, etc.; en una palabra, todo lo que le exige su adhesión a Cristo en el servicio a sus hermanos los hombres. Por esto, San Pablo podrá decir, sin sombra de mentira, que la gracia del Señor, en él, no fue estéril? Su fidelidad indestructible se condensa en estas palabras: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó".

Pablo es un hombre de fe, un testigo de Cristo, un Apóstol, un convertido al Amor.

En el relato de la conversión de San Pablo el cristiano encuentra el sentido auténtico y profundo de lo que tiene que ser su respuesta al Plan de Dios. A todos y cada uno de nosotros Cristo nos ha salido al encuentro en el camino de nuestra vida. En la comunidad, en la Iglesia, nos ha ofrecido también, sin imposición alguna, la posibilidad de una dirección de nuestra existencia, la cual supone un cambio y una transformación en lo más profundo de nuestro ser: lo que la Biblia llama "la conversión del corazón". La aceptación consciente y libre, confiada y apasionada, de Cristo no es otra cosa que la fe por la que nos comprometemos, en la comunidad, con Dios y con nuestros hermanos. Donde no haya verdadera libertad y una donación confiada y total, no habrá verdadera respuesta de fe cristiana.

Nuestra fe, como la de San Pablo, ha de ser un encuentro personal con Cristo, es decir. no únicamente la aceptación intelectual de unas verdades y de unos preceptos, sino el compromiso integral que implica la adhesión de toda nuestra personalidad al Cristo vivo, al Cristo que nos congrega y nos libera, al Cristo presente en la comunidad de los hombres. La fe, por esto, implica necesariamente el amor, sin el cual sería estéril. San Juan nos enseña que el cristiano es el que ha creído en el Amor. De ahí que la verdadera fe nos comprometa a tener una presencia solidaria, de servicio, activa y eficaz, en el mundo. Es una ilusión, por tanto, pensar que estamos convertidos a Dios cuando no lo estamos a nuestros hermanos: "Si alguno dice: amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso".

La fe nos empuja, como a San Pablo a correr, por el camino de una creciente fidelidad, la gran aventura del amor con todas sus consecuencias. Seamos conscientes de que la ausencia de un verdadero testimonio de fe no es algo que solamente nos afecta individualmente, sino que también empobrece la vida de la comunidad y representa un grave obstáculo para que otros descubran y acepten a Cristo. Esta fidelidad, además, nos exige la responsabilidad de permanecer en el trabajo de educar y profundizar, cada día más, el sentido de nuestra vida de fe: una llamada constante y una permanente respuesta.

"Si la fe es auténtica y madura —dicen nuestros Obispos en el mensaje citado—, no tendrá necesidad de recluírse en sí misma con complejo de temor. Segura en la posesión de la verdad y en la fuerza de la gracia, puede tender la mano a todos los hombres, no para comulgar con sus errores, pero tampoco para perseguirlos por ellos, sino para atraerlos".

A la luz de este mensaje comprenderemos que no tiene sentido y es

contradictorio ese divorcio entre la fe y la vida. No son dos mundos aparte, sino la unidad de toda nuestra existencia penetrada de Cristo. No se trata, por tanto, de amar la vida con desprecio de la religión o de amar la religión con desprecio de la vida, sino de amar la vida en Cristo.

Así vive y se manifiesta la comunidad cristiana, comunidad de convertidos, que por la fe responde al Plan de Dios. Y por esta fe, nos dice San Juan, la comunidad cristiana vence.

MENSAJE NUMERO 11 — LA IGLESIA, COMUNIDAD QUE SE ENCUENTRA CON DIOS EN LOS SACRAMENTOS

En nuestra asamblea pasada comenzamos a dialogar sobre la respuesta que, en la comunidad, el hombre debe dar al Plan de Dios. Vimos que es una respuesta de fe, personal, consciente y libre, por la que el hombre elige a Cristo como centro de su vida.

En esta noche vamos a profundizar más en el sentido de esta respuesta nuestra. Hay unos momentos particulares en los que el cristiano tiene un encuentro especial con el Señor. Estos momentos tienen lugar precisamente en la celebración y participación de los sacramentos.

El Concilio ha impulsado la reforma litúrgica, movido por la honda preocupación de que los cristianos llevemos una vida sacramental consciente y fructuosa, y no nos limitemos a recibir rutinariamente los sacramentos como si estos fueran prácticas piadosas sin mayor trascendencia para la vida, o actos simplemente rituales.

Pero es curioso observar cómo esta reforma, que se ha constituído de un tiempo para acá en tema de moda para toda clase de escritores, está traída y llevada, con bastante frecuencia, en una forma que no responde a su verdadero sentido y aún se llega a opacarlo.

Todos hemos tenido oportunidad de leer y oír comentarios como estos: "Nos están acabando la religión", "ya no le dejan a uno rezar en paz con tantos cantos y respuestas", "se está perdiendo el sentido de lo sagrado y todo resulta demasiado doméstico", "todo se complica". Y se llega a frases tan ingenuas, casi humorísticas, como esta: "¿Por qué no nos dejarán tranquilos con Jesús, María y José?".

Otros, en cambio, dejándose llevar por aspectos meramente externos, se sienten satisfechos porque la reforma litúrgica ha facilitado notablemente la vida religiosa: "Ceremonias más breves —dicen—, más amenas, de las que por lo menos algo se entiende".

Un análisis elemental y de sentido común de todo el trabajo que ha implicado la elaboración de la actual renovación litúrgica, lleva enseguida a la conclusión de que se trata de algo muy serio y respetable, de lo que no se puede hablar a la ligera. Los estudios, por ejemplo, que durante muchos años se hicieron con ponderación y con todo rigor científico, las diversas ponencias y discusiones que se tuvieron durante el Concilio antes de aprobar la reforma, los pasos progresivos que se vienen dando por los organismos encargados de aplicarla, etc., nos muestran que ninguna de las dos posiciones ante-

riormente mencionadas satisfacen. Por tanto, el sentido no es otro que el que nos da el mismo Concilio, es decir, se busca la participación consciente, activa y fructuosa en las celebraciones litúrgicas para que se acreciente, de día en día, la vida cristiana.

San Juan, en su evangelio, nos presenta el episodio del encuentro de Jesús con la samaritana. En el pozo de Jacob, Jesús ofrece a la desconcertada mujer un agua viva que calmará definitivamente su sed. Se le convertirá, agrega el Señor, en un manantial de vida eterna.

Los sacramentos son esa fuente a donde vamos a beber de la vida de Cristo. Por ellos nos incorporamos a la vida del Señor, según nos lo enseña la alegoría de la vid, que también encontramos en el evangelio de San Juan: "Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí". La adhesión a Cristo, que hacemos por la fe, se renueva y vigoriza a través de la unión con el Señor en los sacramentos.

Los sacramentos no son ritos vacíos de contenido o costumbres piadosas de la Iglesia. Son acciones del mismo Cristo, por las cuales se comunica con su comunidad para que tenga más vida. Cristo, enseña el Concilio, está presente con toda su fuerza en los sacramentos, de modo que cuando alguien bautiza, es Cristo mismo quien bautiza.

Todos sabemos por el catecismo que los sacramentos son unos signos o señales instituídos por Cristo. ¿Qué quiere decir esto?

Observemos cómo, para nuestra comunicación con las demás personas, utilizamos permanentemente diversos signos: estrechar la mano, ofrecer flores, etc. Pero caigamos en la cuenta de que lo importante no es el puro gesto exterior, sino lo que dicho gesto contiene, lo que con él se quiere significar.

Dios, en su permanente diálogo con nosotros, ha querido acomodarse de tal manera que se ha servido de una serie de signos, fácilmente captables por el hombre, de una serie de realidades de nuestro mismo mundo, a través de los cuales se nos comunica. Es esto lo que quiere decirse cuando afirmamos que los sacramentos son signos instituídos por Cristo. Pongamos un ejemplo para aclarar. En el bautismo se utiliza un elemento que nos da la misma naturaleza: el agua. Para todo hombre, pero especialmente para mentalidad de un oriental tan acostumbrado a sufrir la sed en el desierto, el agua simboliza la vida y la da. Sin ella, mueren los cultivos, viene el hambre y la sed, sucumbe el hombre. Cuando una planta está marchitándose, un poco de agua la hace volver a la vida. Cristo habla a Nicodemo de un agua que hace renacer. El agua se convierte en el signo por el que se comunica una vida nueva: la vida de Cristo en nosotros por el bautismo. "Si no renaciéreis del agua y del Espíritu, no entraréis en el reino de los cielos".

Los sacramentos son, por tanto, signos que producen lo que significan. Y son eficaces porque es Cristo mismo quien en ellos actúa. Atendamos, sin embargo, a un aspecto muy importante: el que los sacramentos sean signos eficaces no quiere decir que el cristiano puede acercarse a recibirlos de cualquier manera. Como son un encuentro personal con Cristo, se requiere necesariamente que el cristiano se acerque con una disposición de fe, es decir, con la disposición de responder y de aceptar, consciente y libremente, a Cristo, de colaborar con la gracia para no recibirla en vano. Es apenas lógico que, para quien no tiene fe, los sacramentos no pasan de ser unos ritos en los que

utilizan determinados elementos: un poco de agua, una porción de pan, aceite, la expresión jurídica de un contrato, y nada más. Para el que tiene fe, esos ritos representan una transformación y un cambio en la vida por la vinculación con Cristo. El Concilio ha querido destacar este aspecto llamando a los sacramentos: "sacramentos de la fe", es decir, signos que la expresan, la aumentan, y a los que hay que acercarse con una verdadera disposición de fe.

Conviene que subrayemos otros dos aspectos para que seamos más conscientes en nuestra vida sacramental. El primero es este: No puede perderse de vista la línea que Dios ha querido marcar en todo su plan de salvación, y es que no ha querido salvar individualmente, como seres aislados, sino formando un pueblo, es decir, una comunidad. Los sacramentos son ciertamente encuentros de la persona con Cristo, pero en la comunidad. Son encuentros con Cristo y con los hermanos. Es la comunidad la que celebra los sacramentos. Alguien ha expresado muy gráficamente la impresión que, a veces, se da cuando se entra en una iglesia y se observa la manera como los cristianos celebramos los sacramentos: Dice que da la sensación de encontrarse en un restaurante donde cada uno despacha su comida sin preocuparse de los demás, que están junto a él. Sobre este individualismo, todavía tan arraigado en nosotros, debemos revisarnos y corregirnos.

El segundo aspecto al que queremos referirnos, tiene que ver con el compromiso que implica la vida sacramental. No es otro que el compromiso de amor que asumimos quienes, por los sacramentos, nos incorporamos más al misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Una vida sacramental sin compromiso de caridad, no tiene sentido.

Ojalá este mensaje nos haga descubrir, un poco más, que somos la comunidad de los creyentes que, por el encuentro con Dios en los sacramentos, nos comprometemos a ser testigos de Cristo en el mundo.

MENSAJE NUMERO 12 — LA IGLESIA, COMUNIDAD SOLIDARIA

Hay expresiones y palabras que se abren paso con especial fuerza y se repiten con bastante frecuencia. Si es cierto que, a veces, quienes las pronunciamos podemos hacerlo en forma casi mecánica, influídos por el ambiente, dejados llevar un tanto por la moda del lenguaje, sin embargo no puede desconocerse que dichas expresiones manifiestan necesidades sentidas y anhelos profundos que los hombres tenemos en determinado momento histórico. Una de estas palabras, que hoy está en labios de todos, es la palabra "solidaridad". ¿Qué significa? ¿Tiene alguna relación con la vida del cristiano?

Precisamente queremos invitarlos, en esta noche, a que hagan su asamblea alrededor del sentido de esta palabra. Recuerden para esto que, cuando hemos hablado de cómo debe ser nuestra respuesta de fe, insistíamos en que es una ilusión pensar que uno se ha convertido a Dios sin haberse convertido también a los hermanos, es decir, sin tratar de buscar y vivir la unidad con todos los hombres. La solidaridad nos lleva a hacer efectiva esta actitud de unión con los demás.

¿Han hojeado ustedes los distintos documentos del Concilio Vaticano II?

Sin duda se habrán dado cuenta de que uno de los documentos más extensos, más importantes, lleva el siguiente título: "Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual". Comienza con estas palabras: "El gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas angustias de los discípulos de Cristo".

Este documento conciliar nos señala que la Iglesia tiene el deber de hacerse efectivamente presente en el mundo. Y no de cualquier manera, sino sintiéndose verdadera e íntimamente solidaria con la humanidad y con su historia". Más aún, "nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón".

No sería extraño que estas afirmaciones del Concilio desconcertaran a algunos: ¿En qué queda entonces lo que aprendimos en el catecismo sobre el mundo enemigo del hombre, sobre el mundo del cual el cristiano debe estar apartado? ¿Tendrán razón quienes juzgan que la Iglesia, por el Concilio, se ha "mundanizado", se ha sentido vencida y ha rendido sus armas a su enemigo? Interesantes las preguntas. Vamos a responderlas.

La palabra "mundo" se puede tomar en varios sentidos que encontramos en la Biblia. En primer lugar, se entiende por mundo todo lo que es opuesto a Cristo. A esto se refiere San Juan, en su Evangelio, cuando dice: "Vosotros no sois del mundo... Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros". En este sentido se trata del mundo del egoísmo, del odio, de la injusticia; en una palabra, del mundo del pecado. Pero, por mundo también se entiende la humanidad, toda la realidad amorosamente creada por Dios y redimida por Cristo. Este es el mundo del que también dice San Juan: "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve en El". Es el mundo del cual Cristo es la luz, al cual envía a sus discípulos y pide para ellos que no sean sacados del mundo, sino preservados del mal.

La anterior aclaración es suficiente para darnos cuenta de que, cuando no se toman las cosas en el sentido que tienen, se crean confusiones que originan a su vez actitudes equivocadas.

El mundo, entendido como lo opuesto a Cristo, sigue siendo enemigo del hombre y el cristiano no puede ceder, ni entrar en componendas con él. En cambio, en el mundo, objeto del amor de Dios, la Igelsia debe estar presente y debe ser solidaria con él porque, como ha dicho el Papa Paulo VI, "la Iglesia es para el mundo... La Iglesia, perfeccionando su pensamiento y su estructura, no trata de apartarse de la experiencia propia de los hombres de su tiempo, sino que pretende de una manera especial comprenderlos mejor, compartir mejor con ellos sus sufrimientos y sus buenas aspiraciones, confirmar el esfuerzo del hombre moderno hacia su prosperidad, su libertad y su paz".

Esta presencia solidaria de la Iglesia en el mundo no es ninguna novedad. Es sencillamente la actitud lógica de una Iglesia que quiere ser fiel a Cristo, quien, por su encarnación, tomó la condición humana, y a lo largo de toda su existencia terrena se hizo solidario con el hombre, en todo igual a nosotros, excepto en el pecado. San Pablo entendió y practicó este ejemplo de Cristo, haciéndose todo para todos y procurando alegrarse con el que se alegra y entristecerse con el que entristece.

La solidaridad, por tanto, es una actitud de amor por la que se comparte la situación de los demás y se corre el riesgo que conlleva echar sobre sí la suerte de aquellos a quienes se ama. Los hombres siempre somos sensibles para apreciar y exaltar los valores de quienes son capaces de compartir las esperanzas y los sufrimientos de otros. Recientemente lo hemos experimentado en relación con un apóstol de la unión, que, por su solidaridad cristiana con sus hermanos, varias veces fue llevado a la cárcel. En su vida pesaba la misión a que había sido llamado que las zozobras y el peligro que rondaba su vida. Su fe en Cristo le hacía compartir, sin reservas ni limitaciones, la suerte de sus hermanos. No buscaba distinciones ni honores. Aceptó el Premio Nóbel de la Paz porque impulsaba su causa. Consciente de los peligros que lo acechaban, avanzó serenamente hacia su martirio. Esta es la figura solidaria de Martín Luther King, el pastor cristiano que cayó abatido por un desconocido asesino y cuya muerte a todos nos ha conmovido profundamente.

Nuestro deber de solidaridad se apoya en la igualdad esencial que existe entre todos los hombres, en nuestra unidad de origen y destino, en el mismo camino que todos debemos recorrer, en la misma dignidad que es patrimonio de todo ser humano. Pero a la luz de la fe, la solidaridad se estrecha más y encuentra su razón más profunda porque en Cristo somos hermanos, somos familia que comparte una misma fe y una misma esperanza. En Cristo, como nos enseña San Pablo, ya no hay blanco ni negro, libre ni esclavo, sino que somos uno en él.

Una verdadera solidaridad debe distinguirse por un profundo espíritu de compasión, por su universalidad y por tener en cuenta la realidad concreta en que viven los hombres.

La compasión no puede limitarse al sentimentalismo de unas palabras que, a veces, aún sin quererlo, hieren y humillan, ni tampoco a lamentarse de una situación dada, con relación a la cual permanecemos distantes. Compadecerse es, como lo dice la misma palabra, padecer con, hacer propios el sentir del otro, compartir alegrías y tristezas, angustias y esperanzas.

No es auténtica la solidaridad que pone fronteras y únicamente se ejerce con los de la misma clase social, con los de la misma posición económica, con los del mismo grupo religioso, etc. La solidaridad tiene que ser universal: a nadie excluye, no se mueve por intereses raciales, económicos, culturales, etc.

Además, la solidaridad de los cristianos, para no quedarse en teorías y en bellas frases, tiene que descender al terreno concreto en el que vivimos los hombres. América Latina está necesitada de esta real y concreta solidaridad. Los datos que arrojan las estadísticas sobre la situación que se vive en nuestro propio país, en cuanto a salud, hambre, vivienda, educación, distribución de la riqueza, desempleo, condición del trabajo, etc., no pueden quedar en cifras frías recogidas en unos boletines para conocimiento de los estudiosos o para ser utilizadas demagógicamente, sino que deben significar para todos la voz viva de un pueblo que sufre y espera. Es triste que nos interesemos más por conocer, hasta en sus más mínimos detalles, cosas ciertamente legítimas como el movimiento deportivo o cinematográfico, que por conocer a fondo y compenetrarnos con la realidad humana de nuestros mismos compatriotas. Pero no solo las miserias mencionadas reclaman nuestra solidaridad, sino también los esfuerzos positivos que se vienen haciendo para que Colombia avance por

el camino del desarrollo hacia una condición más humana.

Ninguna invitación mejor podríamos hacer a los cristianos reunidos esta noche en asamblea, que la de meditar las siguientes palabras de Su Santidad Paulo VI en su Encíclica sobre el Desarrollo de los Pueblos, que todos deberíamos conocer: "El desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad... El deber de solidaridad de las personas es también el de los pueblos... Este deber concierne, en primer lugar, a los más favorecidos. Sus obligaciones tienen sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural...".

Quizás entendamos mejor, esta noche, las palabras del Evangelio que, tantas veces, hemos leído y oído: "Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estaba en la cárcel y me visitaste...".

MENSAJE NUMERO 13 — LA IGLESIA, COMUNIDAD SERVIDORA

Los embajadores que escuchaban en el amplio recinto de la sala de sesiones de las Naciones Unidas, no recordaban haber oído, en este lugar, palabras semejantes a las que Paulo VI se atrevió a pronunciar: "De hecho, no tenemos nada que pedir, ninguna cuestión que plantear; a lo sumo un deseo que formular, un permiso que solicitar: el de poder serviros en lo que esté a nuestro alcance, con desinterés, humildad y amor".

En cualquier otra persona investida de dignidad, tales expresiones quizás habrían resultado incomprensibles. En el primer obispo de la Iglesia Católica, en cambio, resultaban impresionantes, pero lógicas.

Un viejo antecedente se puede señalar para comprender la actitud descrita en las palabras del Papa: El gesto de Cristo ante sus discípulos, en la víspera de su pasión, cuando, inclinado, lavó sus pies. Entonces dijo "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros unos a otros". "Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor".

Con esto quedó marcada una definida línea del rostro de la Iglesia: la sirvienta de la humanidad; y se trazó, por tanto, en bosquejos la figura del discípulo de Cristo: un servidor de sus hermanos. En realidad, esa solidaridad de la que hablamos el martes pasado, amenazaría ser una realidad vacía si no tuviera su expresión en el servicio. Por eso, si la Iglesia es de veras una comunidad solidaria, consecuentemente debe ser una comunidad servidora.

Cuando el Concilio, en sus documentos, ha insistido en describir esta característica de servicio, no estaba aportando ninguna novedad, sino redescubriendo y profundizando lo más original y genuino de la fisonomía de la Iglesia: una Iglesia sierva al estilo de su Fundador, cuyo representante en la tierra quiere ser llamado el siervo de los siervos de Dios.

La Iglesia, continuadora de la obra de Cristo, no podría cumplir fielmente su misión en un mundo, como el nuestro, tan sensible a los valores de una bien entendida igualdad, si no se renovara en una actitud de amplio y generoso servicio a la humanidad. Ni podría llevar la manifestación del amor de Dios a un mundo que cree más en el testimonio de las obras que en las palabras, si no se mostrara servidora del hombre. Para la Iglesia representan un permanente compromiso las palabras de Cristo: "No he venido a ser servido, sino a servir".

En la escala de valores establecida por Jesús, la autoridad sólo tiene sentido de servicio. En la corte del Rey Sol, ante cuyo poderío temblaba Europa, Bosuet proclamaba para que lo oyesen el rey y todos los poderosos: "Dios ha hecho a los grandes para proteger a los pequeños. El ha dado su poder a los reyes para procurar el bien público y para que sean sostén de su pueblo. Por consiguiente, ¡oh ricos del siglo!, tomad todos los títulos soberbios que se os antojen: vosotros los podéis llevar en el mundo; en la Iglesia de Jesús sois solamente los servidores de los pobres".

Estas expresiones hoy no resultan insólitas. Todos los que se acercan al poder público, en cualquiera de sus aspectos, comprenden que la única política honesta y eficaz es gobernar como quien sirve. Lo que no siempre ha sido bien comprendido es que el Evangelio ha puesto toda grandeza y toda superioridad al servicio de los pequeños, de los débiles, de los desamparados. Los que por fortuna, por cultura, o por cualquier otra legítima razón, han llegado en la escala social a ocupar puestos de dirección y de influencia, han de entender, a la luz de la fe cristiana, que su posición no es para dominar, sino para servir mejor. Era esto lo que quería significar aquel gesto de Paulo VI, quien, ante los obispos del mundo, se despojó de su tiara y la entregó para el servicio de los pobres.

La Iglesia entiende que, sólo por la vía del servicio, podrá cumplir la responsabilidad de los dones que le han sido confiados, logrará un sincero diálogo con el mundo y será señal e instrumento de la unidad de los hombres entre sí y de estos con Dios. Por esto, dice un célebre teólogo de nuestros días: "Este es el auténtico monopolio de la Iglesia: el del servicio. Necesita, en todos los sentidos, ser sierva de todos. Y si no supera a todas las comunidades en amor y prontitud para el servicio, no puede acreditarse ante los hombres como la Iglesia de Cristo".

El verdadero servicio debe tener en cuenta la dignidad de la persona a quien se sirve, sus capacidades, su libertad; en una palabra, la responsabilidad y el deber que él mismo tiene de ser agente activo de su propio desarrollo.

Existe el peligro de que, al querer prestar un servicio a los demás, se haga de tal manera que, en lugar de permitir que sean "artífices de su propio destino", más bien lo impidan por crear permanentes formas de dependencia. Esto es lo que suele llamarse "paternalismo", defecto que constituye un serio obstáculo para una humanidad necesita de "ser más". Un célebre adagio dice al respecto: "En vez de dar un pescado, enseña a pescar". Por esto, el verdadero servicio busca no sólo suprimir los efectos del mal, sino principalmente solucionar sus causas. A la luz de esta característica, se verá mejor la razón por la cual, hoy día, la Iglesia busca una renovación en la manera como debe ejercitarse la beneficencia y como debe cumplirse una bien entendida asistencia social. Las estampillas que ha emitido Caritas, llevan esta significativa leyenda: "Caridad es hacer hombres, no mendigos".

El auténtico servicio debe responder al hombre concreto, a sus necesidades reales, empezando por aquellas que sean de verdad más urgentes.

Esto implica que aceptemos el criterio, que tiene su base en el Evangeilo, de no querer ponerle etiqueta personalista a las ayudas que se dan. La experiencia nos muestra cómo estos personalismos llevan a una dispersión de fuerzas, a una multiplicidad de obras paralelas que se entorpecen y hasta se anulan, con la consiguiente falta de efectividad. Unir esfuerzos para servir mejor, aunque los nombres propios no aparezcan, debe ser la consigna de una comunidad cristiana que quiere ser verdaderamente servidora del hombre.

El servicio pide también, como nos lo ha enseñado el Concilio, que la comunidad cristiana, dentro de las debidas prudencia y sinceridad, esté abierta a colaborar con todos los hombres de buena voluntad en la edificación de este mundo en el que vivimos en común.

Por último, queremos llamar la atención sobre la necesidad de que los cristianos entendamos y tratemos de vivir el mensaje de pobreza evangélica que nos ha traído el Concilio, sin el cual no es posible prestar un servicio cabal y sincero. Solamente quien es pobre según el Evangelio, es capaz de poner sus bienes al servicio de su prójimo, entendiendo por bienes no únicamente los económicos, sino también la cultura, la posición social, las cualidades personales, el trabajo; en una palabra, toda la realidad de su persona.

En resumen, el servicio que la comunidad cristiana está llamada a prestar, ha de respetar la dignidad del hombre, ha de responder a sus necesidades reales y concretas, ha de prestarse dentro de una bien entendida colaboración y unión de fuerzas, ha de tener como condición indispensable la pobreza; en fin debe ser desinteresado como lo es el verdadero amor.

MENSAJE NUMERO 14 — LA IGLESIA, COMUNIDAD QUE DA GLORIA A DIOS

"La gloria de Dios es el hombre que tiene vida"
(San Ireneo)

Recordarán ustedes que, en uno de nuestros mensajes anteriores, decíamos que la repetición de algunas expresiones o palabras ponen de manifiesto determinadas inquietudes a las que los hombres somos más sensibles en momentos concretos de la historia. Entonces hablábamos de la palabra "solidaridad". En esta noche vamos a referirnos a otra palabra, muy repetida hoy: "humanismo".

El problema del hombre, que ha preocupado siempre, se ha acentuado en nuestros días. Y en nuestro mensaje pasado consideramos el interés de la Iglesia por ser la servidora del hombre.

En esta preocupación actual por el hombre podemos observar, a primera vista, dos posiciones opuestas. La de aquellos que declaran que el hombre es el centro, el principio y el fin de todo lo que existe: de la historia, del universo, de la misma actividad humana. El es, en frase de un autor, el nuevo sol alrededor del cual todo gira. En contraste con lo anterior está la posición de aquellos que dicen que el hombre no cuenta, que lo único que cuenta es Dios, estableciendo una separación total, una oposición entre Dios y el hombre. En estas dos posiciones, la cuestión es clara y tajante: o Dios o el hombre. Pero la cuestión no se puede formular así.

En algunas asambleas familiares se ha presentado una inquietud interesante. Ha nacido por la insistencia con que, en los diversos mensajes, se ha hablado del hombre, de su situación, de la solidaridad humana, del servicio al hombre. Algunos se han preguntado: ¿Dónde está el sentido religioso de estas asambleas? ¿No estamos ante el peligro de desfigurar el sentido de la religión creyendo en una preocupación desmedida por lo humano, con olvido de Dios? Consideran que de aquí a negar a Dios no hay más que un paso.

Es curioso observar cómo esta misma inquietud se dio en algunos con ocasión del Concilio. El Papa Paulo VI recogió estas preocupaciones en su homilía del 7 de diciembre de 1965. Ante todos los Padres Conciliares hizo estas preguntas: ¿Cuál es el valor religioso de nuestro Concilio? ¿Podemos decir que hemos dado gloria a Dios? ¿Acaso se ha desviado la mente de la Iglesia en su preocupación por el hombre? ¿Tendrá fundamento la sospecha de que la Iglesia ha cedido excesivamente a las exigencias del mundo, a la moda actual, al pensamiento ajeno?

El Papa dio una clara, concreta y definida respuesta. Es cierto que el Concilio se ha ocupado mucho del hombre tal cual es, en la realidad en que vive. Es cierto que la Iglesia se ha declarado, en el Concilio, promotora y servidora del hombre. Es cierto que "tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla". Pero el Papa afirmó también que esto no ha constituído, en manera alguna, una "desviación" hacia el hombre. Desviarse sería tanto como perder el camino, sería como coger un atajo que nos aleja de la meta a donde queremos llegar. Desviarse sería, en este caso, pensar que se puede ir hacia el hombre prescindiendo de Dios.

El Concilio, en cambio, lo que ha hecho ha sido ir al hombre, "volverse" hacia él, lo cual es muy distinto. ¿A qué hombre?: al hombre amado por Dios, llamado a la más profunda amistad con El; al hombre cuya condición asumió Cristo, al hombre liberado por el misterio de la muerte y la resurrección del Señor, al hombre en cuyo rostro podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo, al hombre que tiene la responsabilidad de responder a su vocación divina comprometiéndose en la construcción de un mundo verdaderamente humano.

Lo anterior nos permite entender mejor estas palabras de Paulo VI: "Todo esto y cuanto podríamos aún decir sobre el valor humano del Concilio, ¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia hacia la dirección antropocéntrica y la vida humana reafirman así su alianza, su convergencia en un solo bien humano: la religión católica es para la humanidad; en cierto sentido, ella es la vida de la humanidad".

Podemos, entonces, comprender que no tiene sentido la manera de formular la cuestión en estos términos: o Dios o el hombre. Porque, como dice el Papa, para conocer profundamente al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es necesario conocer a Dios, así como para conocer a Dios es

necesario conocer al hombre. Es lo mismo que afirma San Juan: miente quien dice amar a Dios a quien no ve, si no ama al hombre a quien ve.

El valor religioso del Concilio está precisamente en que su interés por todo lo humano no es otro cosa que un testimonio de verdadera caridad evangélica. Y donde está la caridad, allí está Dios. La parábola del buen samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio, ya que un amor inmenso lo ha penetrado por entero. "Queremos más bien notar —afirma Paulo VI— cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad, y nadie podrá tacharlo de irreligiosidad o de infidelidad al Evangelio por esta principal orientación, cuando recordamos que el mismo Cristo es quien nos enseña que el amor a los hermanos es el carácter distintivo de sus discípulos".

Este amor de la Iglesia por el hombre se ha manifestado también en la definida llamada de atención que ha hecho el Concilio sobre los errores de nuestro tiempo. "Una corriente de afecto y de admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad que la verdad; pero para las personas, con el obligado respeto y amor, sólo ha habido la llamada de atención sobre el error. El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de desprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza; sus valores no sólo han sido respetados, sino honrados, sostenidos sus incesantes esfuerzos, sus aspiraciones purificadas y cordialmente aprobadas".

Creemos que, en esta forma, hemos respondido a la inquietud surgida en algunas asambleas familiares. Los mensajes, dentro de su imperfección, no han querido "desviarnos", sino invitarnos a profundizar en el verdadero sentido del Evangelio. Han querido acercarnos a Dios, encontrándonos con nuestro hermano el hombre.

Esta preocupación sincera y eficaz por lo humano debe ser distintivo de la comunidad cristiana. Por eso debe buscar el desarrollo integral de cada hombre y de todos los hombres. Es este el humanismo cristiano, del cual debemos dar, hoy, testimonio en la realidad de nuestro mundo.

Sólo quien es verdaderamente hombre, es decir, quien se preocupa por "ser más", en una permanente unión con Cristo y con todos los hombres, puede dar verdadera gloria a Dios. Dice San Ireneo que "la gloria de Dios es el hombre que tiene vida", es decir, el hombre que progresa, que se libera a sí mismo para liberar a los demás, que colabora con su trabajo en perfeccionar la naturaleza. Leemos en la Biblia que "los cielos cantan la Gloria de Dios". Pero, como expresa un escritor: "el mundo sin el hombre sería como un libro sin lector, una sinfonía sin oyente. El hombre, al desarrollar y perfeccionar el mundo, está no sólo tributando gloria a Dios, sino ayudando a que las criaturas puedan mejor, a través de él, elevar este himno al Creador".

MENSAJE NUMERO 15 — LA IGLESIA, COMUNIDAD DE PECADORES

La Iglesia, comunidad de los que creemos en Cristo, sobre la que hemos reflexionado ya en las asambleas anteriores, se encuentra en una continua tensión frente al ideal que Dios le ha señalado. Por estar sumergida en el tiempo y en las condiciones históricas del mundo, la Iglesia tiene que estar

abierta a un permanente progreso y a una constante renovación. Por este motivo, busca sin cesar la penitencia que reclaman las deficiencias de sus miembros, o mejor aún, busca su conversión.

El Concilio, en todo su actividad, nos ha mostrado esa profunda realidad. Solemne y emotivo fue el gesto del Papa Paulo VI, ante los Padres Conciliares y los diversos observadores, al pedir públicamente perdón por los pecados de los miembros de la Iglesia. La Iglesia total, por el Concilio, ha hecho penitencia, se ha convertido. Mirando su pasado y las exigencias de su vocación, se orienta hacia el futuro con el dinamismo que le da el Espíritu de Cristo. Ella percibe que, mientras no haya alcanzado la perfección en el reino definitivo, tendrá muchas cosas que revisar, obstáculos que superar, egoísmos que vencer, para que en su marcha manifieste cada vez mejor el rostro auténtico del Señor.

Todos nosotros, en una u otra forma, hemos experimentado las exigencia de un ideal o de una vocación. Cada día nos hallamos ante la tarea de ser fieles a nuestro propio destino. Esa actitud positiva de progreso es lo que llamamos conversión. Pero esta nace de la conciencia qûe todos tengamos de nuestra propia fragilidad, de nuestras limitaciones, como también de nuestras aspiraciones. Todo hombre, y con mayor razón todo cristiano, debe expresar en su vida este pensamiento de un poeta: Todos los días, los que yo soy saluda entristecido a lo que debiere ser. No es esta una frase pesimista, sino el anhelo positivo de quien quiere ser más.

La historia de Israel, como nos la presenta la Biblia, es imagen de nuestro propio camino. Israel es un pueblo que nace a un destino de libertad y de superación. Al salir de Egipto, es puesto por Dios en movimiento hacia el logro de su vocación: el servicio a un Dios que lo ha amado, para que sea el germen de una humanidad fraterna. Es llamado a una vocación de fidelidad, de búsqueda, de diálogo con Dios y con los hombres. Pero la consecución de esa meta va a ser la historia de una incesante lucha. A lo largo de su camino experimentará la tentación de los ídolos, sentirá nostalgia de su anterior esclavitud. En el cautiverio la vida era, en cierto modo, más cómoda, más tranquila. En cambio, en su camino de liberación, tendrá que enfrentarse sin cesar a la elección entre su fidelidad a Dios y su alejamiento de El. El programa que Dios le propone es exigente, difícil y penoso, pero no imposible. Etapa tras etapa, deberá descubrir más y más, gracias a las palabras de los profetas, el sentido de su vocación.

La historia de Israel es también el drama de nosotros los cristianos, el nuevo Israel de Dios. Ante la vocación a la que hemos sido llamados en la comunidad de la Iglesia para el servicio del mundo, con frecuencia nos instalamos, no avanzamos, rompemos nuestros compromisos con Dios, y por lo mismo, nos desvinculamos de nuestros hermanos. Perdemos de vista la meta hacia la cual corremos. Es aquí donde entra en juego el pecado. Pecar es, en consecuencia, frustrar nuestra propia vocación, cortar el diálogo con un Dios que nos ama y que es la fuente de nuestra propia perfección; pecar es romper la unidad y la armonía entre los hombres, es dejarse esclavizar por todo lo que no es el verdadero amor; pecar es no solo hacer el mal, sino también dejar de hacer el bien que debemos y podemos hacer; pecar es, en definitiva, rehusar a ser hijos de Dios y, por tanto, negarse a ser verdaderamente hombres. Ahora como antes, para los israelitas como para nosotros, tienen

valor las palabras del profeta Jeremías: "Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen".

La penitencia o conversión, lejos de lo que muchos piensan, es una actitud constructiva, es abrirse al progreso humano, es ponerse en marcha hacia un desarrollo integral, el que Dios nos ofrece y nos procura. Convertirse significa no conformarse con lo que es caduco, es romper con todo lo que esclaviza, es comprometerse a dar más y más, a avanzar más y más, a buscar nuevos senderos que aseguren la fidelidad al destino que nos presenta Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

La única actitud sincera que nos permite seguir adelante, es la de ser conscientes de que somos pecadores. Pero de la idea que se tenga del pecado, dependerá la manera como se comprenda y se practique la penitencia.

Para algunos, la Iglesia, al hablar sobre el pecado, fomenta en las personas un complejo de culpa, los encierra en una profunda desconfianza de sí mismos. La penitencia, desde este punto de vista, no haría sino recrudecer un sentimiento de inferioridad, mutilar a la persona. Para otros, el pecado es una realidad que a la larga fastidia la conciencia, y la penitencia se hace necesaria para echar fuera esa pesada carga, es como un calmante. No faltan quienes piensan que el pecado no es otra cosa que la ofensa al Dios que castiga y, por ello, es necesario, de vez en cuando, ponerse en paz con ese Dios que no interesa demasiado en la vida ordinaria, pero que es mejor tenerlo aplacado. En todos estos casos y en otros, además de las inexactitudes, el pecado es considerado como un fenómeno de carácter privado, que no afecta sino al individuo, que no tiene que ver nada con la comunidad, como si el egoísmo, la crítica, la maledicencia, la división en la familia, la privación del salario justo, las injusticias en las transacciones, el no cumplir con el deber del propio trabajo, el dejar de hacer el bien que se debe y se puede, no fueran pecado y pecados que lastiman a los demás. Lógicamente el remedio se coloca también en un plano individual, sin repercusión en la conducta cotidiana personal y social. De ahí resulta que la penitencia revista tan sólo un carácter meramente externo y ritual. Basta con acercarse al confesonario rutinariamente, cumplir un precepto, sentirse como nuevo por un momento, aunque esto no lleve a un cambio radical en la vida.

Sea la oportunidad de aclarar y reafirmar que todo pecado tiene una repercusión en la vida de los demás precisamente porque el pecado es una falta de amor. El pecado no es sólo un fracaso del hombre, individualmente tomado, sino que es también un empobrecimiento de la comunidad de la que forma parte. Todos los mensajes anteriores han procurado mostrar cómo la Iglesia de Cristo y, por tanto, todos los creyentes debemos trabajar para establecer la unidad, la armonía, el desarrollo integral; en una palabra, realizar en el mundo la obra de Jesucristo. En consecuencia, todo lo que se oponga a esa realidad es pecado.

Convertirse es fundamentalmente adherir a Jesucristo para vivir en la práctica de su enseñanza. El pecador que se convierte, no busca simplemente revisar su vida a la luz de un código ético, que le procure una cierta satisfacción y tranquilidad de su conciencia, sino que aspira, ante todo, a confrontar cada día su existencia con el ideal de amor y de superación que le propone el Evangelio. El pecador que se convierte sabe que su conversión no es el

resultado de un momento, algo automático. Es una actitud de toda la vida, es una constante situación de revisión, de autocrítica, realizada dentro de una comunidad de hermanos que se estimulan mutuamente, que se ayudan, que se hallan unidos en un mismo Señor. El pecador que se convierte es el hombre que sabe descubrir en el mundo los signos de Dios, que vive en una incesante acción de gracias, que percibe en la vida sacramental su encuentro auténtico con Cristo, que deja ver en su conducta las huellas de un Dios que lo llama a un destino grandiso y que le procura la fuerza para seguir adelante.

Atendamos también a otro aspecto muy importante y profundo. El pecado no sólo esclaviza al hombre, sino también al universo todo. San Pablo, en una página extraordinaria de su carta a la comunidad cristiana de Roma, nos dice que la creación entera ha sido sometida al pecado por razón del pecado del hombre, por su egoísmo. Todo ha sido creado para el hombre, el universo es como el servidor fiel del hombre, pero por el pecado el hombre desvirtúa ese sentido. Por esto, la conversión del hombre lleva consigo la conversión del mismo universo. Toda la creación, el mundo de las cosas, de la ciencia, de la técnica, etc., gime esperando cumplir su finalidad de servicio. El mundo ansía producir frutos para todos los hombres y entregar sus secretos para el desarrollo humano. La tierra anhela cumplir su función social, pues ha sido hecha para procurar a todos y a cada uno los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso. Es, por tanto, el hombre quien, en la medida en que por su unión a Jesucristo se libera del egoísmo, lleva detrás de sí al universo y le da su verdadero sentido.

Todas estas reflexiones nos hacen ver el profundo sentido de la conversión cristiana. Ella es movimiento, es progreso, es avance. Convertirse es arrojarse a la aventura del amor, dejarse llenar por la gracia de Dios, sacudir los yugos que esclavizan a los demás y a cada uno de nosotros, trabajar para que desaparezcan las miserias que deshumanizan, destruír las injusticias que aplastan y desunen, poner todos los bienes al servicio de todos los hombres, promover la madurez de la conciencia, evangelizar todos los rincones del corazón, hallar, finalmente, en la Eucaristía el signo más claro del amor y del compromiso cristiano.

La Iglesia, comunidad de pecadores, debe moverse dentro de un ámbito de verdadera conversión a Cristo, y esa conversión es la condición indispensable de su propio progreso. Esta afirmación, por extraña que parezca, no niega lo que profesamos en el Credo cuando afirmamos: "Creo en la Iglesia santa". La Iglesia es santa porque el Señor la ama y la transforma con su Espíritu santificador; la Iglesia es santa porque posee la energía que Cristo le ha comunicado de santificar a los hombres; la Iglesia es santa porque nace de Dios. Pero también hemos de entender que la Iglesia es santa, en el sentido de que todos sus miembros estamos llamados a realizar, progresivamente en nuestras vidas, el gran ideal cristiano: "Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto". Precisamente por esto, y teniendo en cuenta nuestra condición de pecadores, se nos exige vivir en permanente conversión para responder así a la vocación de santidad a que ha sido llamada toda la comunidad cristiana.

Resumiendo con palabras de Paulo VI, podemos decir que todo el esfuerzo que la Iglesia hace por perfeccionarse no es sino la expresión del amor

y de la fidelidad a Cristo su Señor, que suscita en ella el deseo de ser y sentirse fiel, de mantenerse auténtica y coherente, viva y fecunda.

MENSAJE NUMERO 16 — LA IGLESIA, COMUNIDAD EUCARISTICA

En la asamblea pasada conversamos sobre lo que es una comunidad formada por hombres pecadores, que necesitamos purificar nuestro corazón y perfeccionarnos día por día. Ninguna comunidad escapa a esa ley y por ello su vida depende de la constancia de todos sus miembros en un permanente esfuerzo de superación. La comunidad cristiana tiene esta misma necesidad y debe sentirla profundamente.

Vamos a reflexionar y a dialogar, en esta noche, sobre algo que es el centro vital de la comunidad cristiana y que progresivamente la perfecciona.

El hecho de reunirnos a comer tiene para nosotros un hondo significado. Démonos cuenta cómo, cuando queremos participar en la alegría de alguna persona, nos reunimos y festejamos el acontecimiento feliz con una comida.

En muchas ocasiones hemos invitado a nuestra mesa a algunas personas. Si nos preguntamos qué clase de personas se han sentido con nosotros, fácilmente podemos responder: familiares, amigos, conocidos; personas con quienes deseamos estrechar los lazos de amistad, a quienes queremos manifestar nuestro deseo de unidad.

Nos encontramos, a veces, con un amigo: ¿nos tomamos un tinto?, le proponemos. Y a través de este sencillo acontecimiento, tejemos nuevos puentes de amistad, hablamos de asuntos interesantes para los dos, hacemos negocios. Este hecho se convierte en un signo de unidad.

La señora de casa prepara, con cuidado y con cariño, todo lo necesario para recibir a los convidados: viste la mesa con manteles limpios, coloca ordenadamente los platos, los vasos, los cubiertos, y dedica un tiempo considerable en preparar los alimentos. Todo esto porque comprende que el hecho de comer en común es un signo de amistad, una señal de unidad entre quienes comen un mismo alimento.

Nos puede sorprender, a primera vista, encontrar en el templo donde vamos a celebrar la Eucaristía, todos los elementos para una comida. En el lugar principal está una mesa arreglada con manteles, lo mismo que la mesa de nuestra casa. Durante la celebración, el sacerdote prepara una copa, los platos en donde se coloca el alimento que se va a servir, etc. La Misa es una comida y, por lo tanto, es también un acto en el que expresamos y realizamos nuestra unidad.

Al celebrar la Eucaristía repetimos una cena que realizó Cristo. El sabía muy bien que la reunión en la que se comparte la comida, sirve para estrechar vínculos de amistad. Durante su vida, sus enemigos lo criticaron severamente porque comía con personas poco deseables a sus ojos farisaicos. ¡Qué escándalo el de los hipócritas, cuando decían a los apóstoles: vuestro maestro come con pecadores y gente mala! ¡Cómo pede ser que Jesús, al sentarse a la misma mesa, esté manifestando su amistad a gente de esta calañal Sin embargo,

el Señor sabía que tenía una misión muy precisa: la de establecer la unidad entre los hombres.

La Cena que celebramos en la Misa es aquella última comida de Cristo con sus discípulos, antes de su muerte y resurrección. El Señor, que va a realizar el acto de amor más grande por la humanidad, dice, íntima y cordialmente, a sus discípulos: He tenido gran deseo de realizar esta comida con vosotros. Jesús parte el pan, lo distribuye a quienes son sus amigos, y todos comen de un mismo plato porque sus sentimientos y su suerte también es común. Hemos de notar que hay allí un discípulo que medita la traición en su corazón y, por eso, no puede, al mismo tiempo, dar muestras de unidad con el Señor y planear la traición. Jesús señala al traidor precisamente en el momento de una mentira: el que meta su mano en el plato, ese es, dice a San Juan. Judas no puede soportar una mentira tan evidente y, empujado por su propia vergüenza, se aparta del círculo de amigos.

Jesús piensa en el gran número de amigos que se unirán al pequeño grupo de los apóstoles y sabe que su amor seguirá atrayendo el corazón de muchos hombres. Quienes vendrán después, no tendrán también una manera de reunirse y de saber que forman una comunidad? Sí: "Haced esto, repetid lo mismo que yo he hecho", ordena el Señor. Desde entonces, en medio de cada comunidad cristiana se erige un altar, se coloca una mesa, para que alrededor de ella se congreguen los amigos.

Los primeros cristianos, según el cuadro que nos presenta el libro de los Hechos de los Apóstoles, se reunían para la fracción del pan. De esta comunidad, que tenía una sola alma y un solo corazón porque comían el mismo pan, es la siguiente oración: lo mismo que este pan disperso en la espiga de los montes ha sido recogido para hacerse uno haz, Señor, que así sean reunidos los hombres para formar una sola comunidad.

Hoy somos nosotros los invitados a celebrar la Cena del Señor, a comer el Cuerpo de Cristo y beber su Sangre, y entrelazar así nuestras vidas. Jesús, el mismo que congregó a los apóstoles, está en medio de nosotros para que nuestra comunidad vaya siendo, cada día, una realidad más firme. El es la persona en la que se encuentran nuestros corazones, es el polo de atracción y el principio de nuestra unidad.

Sin embargo, no siempre ha sido celebrada la Eucaristía con el espíritu de fe y amor que exige la formación de la comunidad. Recordemos brevemente lo que ocurrió entre los cristianos de Corinto.

En ese entonces, se celebraba la Eucaristía en medio de una comida a la cual asistían, llevando sus alimentos, todos los miembros de la comunidad. De estos, unos eran pobres y otros ricos, algunos de alta clase social y otros de nivel inferior; instruídos e ignorantes, todos se encontraban allí. La reunión se desarrollaba dentro de un clima de gran caridad y todos repartían sus alimentos, como símbolo de la unidad que reinaba en el corazón de la comunidad.

Sucedió que, poco a poco, quienes traían los mejores manjares fueron formando grupos aparte y entre ellos solos consumían el alimento exquisito y abundante que habían llevado. Los pobres, en cambio, padecían hambre.

San Pablo, que no tardó en conocer lo que estaba sucediendo, se dirigió a la comunidad: ¿Cómo es posible, les dice, que os reunís para celebrar el signo de la unidad, y mientras unos tienen de sobra, otros se quedan sin comer? El apóstol se dió cuenta de la mentira que se escondía en dicha celebración

y los amonestó duramente: Quien toma parte en la Cena del Señor sin darse cuenta de que ella es un vínculo de amor, come indignamente el Cuerpo de Cristo y se come y bebe su propia condenación.

Al descubrir el valor y el significado de la Cena del Señor, al comprender que es algo más que un puro precepto y al colocar la Eucaristía en el corazón de la Iglesia, surgen algunos interrogantes y preocupaciones.

Nos duele la división que se mantiene entre los hombres y, aún más, las discordias entre los miembros que toman el mismo sagrado alimento de la Eucaristía. Nos avergüenzan las divisiones extremas entre grupos sociales, ya sean causadas por la cultura, el poder o los bienes de fortuna. No están de acuerdo con el deseo de Cristo las enormes diferencias entre pueblos desarrollados y pueblos que están en vía de desarrollo. ¿Por qué, además, en un país que se llama cristiano, como el nuestro, está tan arraigado el individualismo que nos mantiene indiferentes ante las necesidades y angustias de nuestros prójimos? La ignorancia sobre lo que es y exige la Eucaristía puede explicar, en parte, por qué el hombre vive aislado y abrumado por su soledad.

En la Eucaristía debemos reconocernos como hermanos. Así, de Eucaristía en Eucaristía, irá creciendo y perfeccionándose la comunidad cristiana hasta el día en que celebraremos el vínculo de amor perfecto en el banquete celestial.

MENSAJE NUMERO 17 — EL DOMINGO, DIA DE LA COMUNIDAD

Hemos dialogado, en nuestra asamblea pasada, sobre la Eucaristía en la que la comunidad cristiana expresa su unidad, la realiza más estrechamente y responde así al Plan de Dios.

Hay un día en el cual la reunión de la comunidad cristiana alrededor del altar tiene una significación particular. Es el Domingo.

Desde los primeros tiempos del cristianismo, los discípulos de Cristo vivían el domingo como la gran fiesta del Señor Resucitado. El mayor honor a que aspiraban era el de ser admitidos a la comunidad eucarística. Cuando, por alguna razón, se les impedía, sufrían de verdad porque para ellos no tenía sentido el cristiano que no celebraba el domingo. Era tan profunda esta conciencia que preferían desafiar las mismas prohibiciones de los perseguidores.

Es muy significativo el testimonio del sacerdote africano, Saturnino, quien fue acusado por el procónsul romano de haber reunido, en contra del edicto de Diocleciano, a todos los cristianos que con él estaban detenidos. No temió afirmar valientemente: Hemos celebrado el Banquete del Señor sin el cual no podemos vivir. Esas fueron sus palabras textuales conservadas en el libro venerable de las Actas de los mártires.

¿No es verdad que contrasta frecuentemente la actitud mencionada con la que hoy existe en muchos cristianos, quizás en muchos de nosotros?

Pensemos un instante cuál sería la apreciación de un hombre no cristiano que pasara, en un domingo cualquiera, por nuestros centros de culto. No dejaría de ver grupos de personas agolpadas a las puertas de nuestras iglesias,

distraídas, conversando a veces, mirando nerviosamente sus relojes. Gentes que manifiestan de diversas maneras su aburrimiento.

Para los antiguos cristianos era un verdadero castigo de su comunidad sentirse excluídos de la celebración eucarística. A los pecadores públicos se los sometía a una penitencia, a veces muy prolongada. Estas personas, en proceso de verdadera conversión, soñaban con el momento en que, unidas a su comunidad, pudieran asistir a la Cena del Señor. Hoy no existe esta práctica de excluír de la comunidad eucarística. Nos sirve, sin embargo, el ejemplo para preguntarnos: ¿Serían, hoy muchos los cristianos que encontrarían motivo de pena en la exclusión de la misa dominical?

¿Por qué motivo ha elegido la Iglesia el domingo como el día de la comunidad cristiana? Escuchemos la respuesta de San Justino: "Nos reunimos todos los días del sol... porque en ese mismo día nuestro Señor resucitó de entre los muertos... El día del sol, el domingo, día del Señor, se apareció a sus apóstoles y discípulos". El libro más antiguo del cristianismo, llamado la Didajé o Enseñanza de los Apóstoles, recuerda a los fieles: "Reuníos el día del Señor. En el día del Señor dejadlo todo y acudid con diligencia a vuestra Iglesia, porque allí tiene lugar vuestra alabanza a Dios".

Hemos visto en los mensajes anteriores cómo la Iglesia, reunión de los hombres en torno de Cristo, se hace más cercana y visible en la diócesis, en la parroquia y, en cierto sentido, en el hogar. Pero es especialmente en la Eucaristía y más particularmente en la Eucaristía dominical, en donde la Iglesia más vivamente se manifiesta como reunión en torno de Jesús Resucitado, con cuya Palabra de vida y con cuyo Cuerpo y Sangre nos alimentamos.

Nuestras celebraciones dominicales deben, por tanto, presentar a todos, creyentes y no creyentes, el verdadero rostro de la Iglesia y deben también expresar el crecimiento vital de la comunidad cristiana que, como se ha dicho, vive de domingo a domingo. Veamos el sentido de esta última expresión a la luz de una comparación sencilla. Todos sabemos cómo, en la vida del hombre, hay un momento en que la sangre que circula por todo el cuerpo, se recoge en el corazón y, desde allí, vuelve purificada a difundirse nuevamente a todos los miembros para que estos sigan cumpliendo su función en orden al desarrollo armónico de todo el ser humano. De manera parecida, los miembros de la comunidad cristiana que, a través de los días de la semana, han estado físicamente dispersos en el cumplimiento de sus diversas responsabilidades, se reúnen en la Eucaristía dominical, corazón de la Iglesia, para expresar visiblemente su unidad. Además, recogiendo y compartiendo los frutos de su actividad diaria, los presentan a Dios Padre y, unidos espiritualmente a todo el mundo, le dan gracias, conscientes de que todo lo bueno que procede de la colaboración humana tiene, en última instancia, su fuente y su término en Dios. En esta celebración, los cristianos, unidos a todos los hombres, nos presentamos y solidariamente nos reconocemos, con sinceridad y confianza, como pecadores responsables de las divisiones y esclavitudes que sufre la gran familia humana.

Dios responde a su Pueblo entregándole la Palabra que ilumina su marcha por el mundo y alimentándolo con el Cuerpo de Cristo ofrecido en el altar por toda la humanidad. En esta acción de Dios, por la que se nos renueva el misterio liberador de la muerte y resurrección de Cristo, la comunidad cristiana, con una actitud de fe, encuentra la realidad de su progresiva liberación

y se compromete a ser testigo de Cristo en medio del mundo para curar, como la sangre nueva, las heridas, revitalizar el cuerpo de la humanidad y construir la unidad de los hombres en el amor.

La comunidad cristiana, enriquecida, llena de esperanza y comprometida por la celebración eucarística del día del Señor, vuelve a esparcirse, como levadura renovada, por todos los ambientes. Es este el sentido de esa cordial despedida: "Podéis ir en paz", la cual es a la vez una misión.

La alegría que entraña toda la celebración eucarística, como encuentro de los hermanos con el Señor y entre sí, es algo que el cristiano debe llevarse para que con alegría realice su trabajo, con este espíritu acepte conscientemente lo penoso de su peregrinación terrena y, en esta forma, sea testigo de la verdadera paz en un mundo frecuentemente cargado de tristeza y de angustia. Por eso San Pablo repetía insistentemente a la comunidad cristiana: "Gozaos siempre en el Señor". Así, el descanso dominical no es una invitación al ocio, sino un signo que expresa el gozo de quienes, por la Eucaristía, se sienten liberados.

Esta es la dinámica de la comunidad cristiana: viviendo de encuentro en encuentro todos los domingos, gusta ya por anticipado de lo que será la realidad futura del Banquete Celestial, hacia el cual peregrina, en constante crecimiento, el Pueblo de Dios.

Preguntémonos francamente: ¿Es este el sentido que tiene, para todos y cada uno de nosotros, el día domingo?

Es cierto que la renovación litúrgica, que ha impulsado el Concilio Vaticano II. ha servido paar que descubramos un poco más el sentido profundo de la misa dominical y la celebremos como debe ser. Pero también es verdad y debemos reconocerlo honradamente, que nos falta mucho para compenetrarnos con el espíritu de dicha renovación. Con la ligereza de unos y la obstinación de otros podemos frustrar lo que Dios quiere y nos ha manifestado por el Concilio. Comprometámonos y ayudémonos a vivir nuestra Eucaristía dominical. El cristiano no acude a la misa del domingo solamente por las exigencias de un precepto a secas, sino que participa en ella principalmente por convicción, por necesidad vital, por querer responder, consciente y libremente, a la amorosa invitación que Dios le hace, por encontrarse con la comunidad de hermanos y estrechar con ellos los vínculos de amor, por sentirse solidario con el mundo.

Al terminar este mensaje, quizás entendamos mejor la afirmación del sacerdote mártir, Saturnino: Sin el Banquete del Señor no podemos vivir.

MENSAJE NUMERO 18 — LA IGLESIA, COMUNIDAD PEREGRINA

"La muerte es el golpe más duro que recibe el hombre". Esta frase de un célebre pensador está ciertamente vacía de todo sentido de fe y de esperanza, pero encierra la angustia de muchos hombres de hoy, quizás la nuestra.

Este mensaje completa nuestras reflexiones sobre la respuesta que el cristiano debe dar al Plan de Dios. Hemos ido viendo que la comunidad cristiana, que es fiel a su vocación, acoge, se solidariza y sirve al hombre como el es, haciendo propias sus angustias y esperanzas.

Uno de los problemas ante el cual el hombre siempre se enfrenta dramáticamente, es el que se refiere al sentido de la vida y su relación con la muerte. Esto lo recoge el Concilio con estas palabras: "Ante la actual evolución del mundo, va siendo cada vez más nutrido el número de los que o plantean o al menos advierten con una sensibilidad nueva la gran problemática trascendental: ¿Que es el hombre? ¿Cuál el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que a pesar de tan grandes progresos, subsiste todavía? ¿Para qué aquellas victorias, obtenidas a tan caro precio? ¿Qué puede el hombre dar a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué vendrá detrás de esta vida terrestre?".

Ante este inevitable interrogante son varias las posibles respuestas. Algunos quisieran aplazar la reflexión sobre este punto, pero a lo largo del camino de su vida le saldrá al paso. La enfermedad o el peso inclemente de los años revelarán que, si no dan una respuesta al problema de la muerte, la vida misma se convierte en una dolorosa contradicción.

Otros hacen un frío análisis: la muerte es el final definitivo de todo. El hombre se convierte en polvo, se disuelve en átomos. La realidad es dura, pero hay que aceptarla como es. La existencia del hombre —dice un filósofo— es como una curva que va de la nada a la nada.

Hay quienes creen hallar una solución en una curiosa forma de supervivencia: el hombre, más allá de la muerte, se eterniza en sus obras, en sus hijos, en la sociedad a la que ha servido. ¿Qué importa que uno desaparezca?

La solución más atinada para muchos es la que ya se había sugerido en la antigüedad. "¿Qué es la muerte sino un muñeco de trapo? Dale la vuelta y verás como no muerde". Lo importante es aprovechar, en todo instante, el festín de la vida. Esa frase tan conocida: "Comamos y bebamos que mañana moriremos", es la mejor manera de esquivar el problema.

En contraste con las anteriores posiciones, está la de quienes piensan que todo debe ponerse exclusivamente en el más allá, en la otra vida. La existencia terrena no es sino un estéril afanarse. Lo único que importa es prepararse para la otra vida. Invocan las palabras del Evangelio: "¿De qué sirve ganar todo el mundo si se pierde el alma?". No tiene entonces, sentido el trabajo ni las preocupaciones. Es necesario abandonarse totalmente a lo que vendrá.

Seguramente estos criterios y actitudes prácticas no son para nosotros desconocidos. ¿Tendrán algún fundamento? ¿Podrán ser soluciones que nos dejen tranquilos?

Alguien ha dicho qu el hombre tiene aspiraciones tan profundas y que Dios lo ha mirado con tanto amor, para que sea cierto que, con la muerte, todo termina. Sólo más allá de las fronteras de la muerte, nos puede ofrecer Dios un mundo definitivo, en el que alcancemos la cumbre de nuestro propio ser. Es este el sentido de la frase de San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para Tí y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Tí". En la misa de difuntos cantamos una hermosa oración: "Para los que en Tí creemos, Señor, la vida no termina, se transforma. Y al deshacerse esta morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo". El mismo San Agustín escribió estas palabras ante la muerte de su madre: "Ni murió miserablemente, ni murió del todo".

El Concilio nos ha dado, al respecto, el recto criterio en un párrafo de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, que transcribimos literalmente y sobre el que nos permitimos pedir una reflexión atenta y seria:

"No conocemos ni el tiempo de la nueva tierra y de la nueva humanidad, ni el modo en que el universo se transformará. Pasa ciertamente la figura de este mundo deformado por el pecado, pero se nos enseña que Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra, en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y sobrepasará todos los deseos de paz que se levantan en el corazón del hombre. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que se había sembrado débil y corruptible se vestirá de incorrupción; y permaneciendo la caridad y sus frutos, toda la creación, que Dios hizo por el hombre, se verá libre de la esclavitud de la vanidad. Aunque se nos amonesta que de nada le vale al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma, sin embargo, la esperanza de la tierra nueva no debe debilitar, al contrario, debe excitar la solicitud por explotar esta tierra, en la que crece el cuerpo de la nueva humanidad, que ya presenta esbozadas las líneas de lo que será el siglo futuro... Los bienes que proceden de la dignidad humana, de la comunión fraterna y de la libertad, bienes que son un producto de nuestra naturaleza y de nuestro trabajo, una vez que, en el Espíritu del Señor y según su mandato, los hayamos propagado en la tierra, los volveremos a encontrar, pero limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo devuelva a su Padre el reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz. En la tierra este reino está ya presente de una manera misteriosa, pero se completará con la llegada del Señor".

A la luz de esta enseñanza conciliar, queremos insistir sobre algunos aspectos.

Es verdad que, según la expresión de San Pablo, no tenemos aquí morada permanente. El hombre es un peregrino, pero su meta no es el aniquilamiento, es alcanzar su plenitud. Su existencia terrena es el tiempo de la siembra: el hombre, a través de su trabajo, del ejercicio de sus responsabilidades, va arrojando semillas para la cosecha de su inmortalidad. El cristiano no es el que se siente un desterrado en este mundo, en el cual es inactivo, perezoso, nútil, sino quien se da cuenta de que, a lo largo de su marcha, va mejorando el mundo, se va engrandeciendo el mismo y espera conseguir su perfección en el encuentro definitivo con el Señor.

El carácter de "peregrina" que tiene la comunidad cristiana, debe llevarnos a entender que nuestra fe en la resurrección de los muertos y en la vida eterna, es la fuerza que nos hace avanzar responsablimente por este mundo hacia el encuentro definitivo con Cristo. Era esta una firme convicción en los primeros cristianos, los cuales, conscientes de la cita con Cristo que había prometido su retorno, vivían en una actitud no pasiva, sino activa y responsable en el cumplimiento de sus deberes terrenos. Las palabras con que termina Biblia: "Ven Señor Jesús", son la mejor expresión de esta atenta espectati-. El apóstol San Pablo estimulaba a la comunidad de los cristianos de Cointo a que se mantuvieran firmes e inconmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, consciente de que su trabajo no era vano.

Por otra parte, el hombre de nuestros días tiene la tentación de creer

posible construír un paraíso perfecto en la tierra. Supuesta la natural limitación de todo lo humano, el paraíso terrestre no es sino una bella ilusión, totalmente irrealizable. Jamás habrá un orden tan perfecto y justo que llene plenamente las aspiraciones del hombre.

Sin embargo, lo anterior no quiere decir que debamos aceptar fatalmente una realidad y cruzarnos de brazos ante el desorden y la injusticia, negando el valor de nuestra actividad en la tierra, como si lo único que existiera fuera la "otra vida". El cristiano que, por la muerte y la resurrección de Cristo, cree en la vida eterna, sabe que ésta ya ha comenzado en este mundo y, por eso, trabaja con entusiasmo y lucha sin descanso por mejorarlo según la justicia y el amor. En una palabra, el cristiano, que cree en la vida eterna, toma el mundo en serio. Pero sabe también que la perfección tendrá lugar al final de los tiempos, como corona de todo este esfuerzo de superación humana, cuando el Señor reúna definitivamente en su amor a todos los hombres y, así, quedará consumado el plan de Dios.

El himno del Congreso Eucarístico termina con estas palabras, que resumen el sentido de este mensaje:

"Peregrinos camino hacia el Padre
esperamos seguros llegar.
En la marcha a través del desierto
nos conforta el maná celestial.
Al encuentro de Cristo glorioso,
Pueblo santo de Dios, avanzad!"

MENSAJE NUMERO 19 — MARIA, CRISTIANA PERFECTA

El mensaje de esta noche pretende ser, a la vez, síntesis de los mensajes anteriores y estímulo para realizar, día a día, el compromiso comunitario al que nos han llevado nuestras asamblea familiares. Tenemos la responsabilidad de construír entre todos la comunidad cristiana. Es el sentido de nuestra vocación. En la comunidad aceptamos y respondemos al Plan de Dios, que "quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituírlos en un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente".

En el Pueblo de Dios existe una persona que "es saludada como miembro sobreeminente y del todo singular de la Iglesia, y también como prototipo y modelo destacadísimo en la fe y caridad y a quien la Iglesia Católica, enseñada por el Espíritu Santo, honra con filial afecto de piedad como a Madre amantísima".

Esa persona —ya lo sabemos —es María, nuestra Señora. Ella es la cristiana perfecta. Este es el mensaje sobre el que, hoy, vamos a reflexionar.

Partamos de un hecho patente a los ojos de cualquier observador: Los monumentos, los santuarios, no pocas fiestas de nuestro calendario, la misma piedad, nos ponen de manifiesto lo arraigada que está en nuestro pueblo cristiano la devoción a la Santísima Virgen. No podemos desconocer este hecho ni tampoco dejar de valorarlo en su verdadero sentido.

Para el cristiano, para la comunidad cristiana, la devoción a María es algo importante de lo que no se puede prescindir. Así lo ha entendido siempre la Iglesia a través de los siglos. La razón es sencilla: Dios lo quiere. María debe significar en la comunidad cristiana lo que ella significa en el Plan de Dios. Si encontramos, por tanto, una devoción arraigada a la Virgen, sepamos apreciarlo y agradecerlo.

Pero, por otra parte, ese mismo hecho, tal como se presenta, se presta para que nos formulemos, con gran sinceridad, algunos interrogantes. Ciertamente hay cosas que revisar y debemos hacerlo. ¿La devoción a la Virgen está en nosotros bien orientada? ¿La comprendemos y la practicamos en su justo sentido, es decir, a la luz de Cristo y en relación con El? ¿Es, quizás, predominantemente un vago e inconsistente sentimentalismo? O por el contrario, ¿la devoción a nuestra Señora nos lleva a comprender mejor y a poner en práctica todas las exigencias de nuestra fe cristiana, particularmente aquellas que dicen relación con la comunidad de la que formamos parte?: ¿somos generosos en nuestra entrega a los demás, sentimos y compartimos las miserias de nuestros hermanos y también sus alegrías, comunicamos con ellos nuestros bienes, somos responsables en la construcción de un mundo más humano; en una palabra, vivimos de acuerdo con el mandamiento evangélico del amor en toda su dimensión? ¿Sí o no?

El Concilio nos ha enseñado que "la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes". Fijémonos en estas palabras: la devoción verdadera procede de la fe.

En nuestras asambleas familiares hemos reflexionado sobre el Plan de Dios que quiere liberar y unir a todos los hombres por el amor que se nos ha manifestado en Cristo. Sin duda alguna existe en todos nosotros la buena voluntad de colaborar eficazmente en la realización de una comunidad auténtica, solidaria, de servicio, en lucha contra el pecado y en actitud permanente de conversión a Dios. No es esto, ciertamente, obra de unos días, sino tarea en la que hemos de empeñar toda la vida. Y a nadie se escapa que el camino es arduo y que somos débiles.

Pues bien, en esta peregrinación a través de la cual somos constructores del mundo según el Plan de Dios, la comunidad cristiana tiene en María un punto de referencia. "En ella la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención y la cotempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansia y espera ser". María es la cristiana perfecta: criatura de nuestro mismo linaje, íntimamente unida a Cristo, plenamente liberada, servidora de los hombres y solidaria con ellos. Por esto, la comunidad cristiana levanta sus ojos hacia María, modelo de virtudes, e invoca su intercesión.

Es verdad que la Virgen es una criatura privilegiada. Ella lo reconoce sencillamente en el canto del Magnificat: "Ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso". El Pueblo de Dios debe, igualmente, reconocer y agradecer a Dios la amorosa designación de que ha sido objeto uno de sus miembros. Sin embargo, hay algo que no está siempre suficientemente resaltado en la conciencia de los cristianos y por lo cual, a veces, la devoción a la Virgen no

es bien interpretada, se reviste de características superficiales y sentimentales, se desvirtúa su verdadero sentido en la Iglesia y, consecuentemente, no se honra a María como debiera hacerse.

En efecto, algunos piensan que el Privilegio es lo que explica y constituye únicamente la razón de ser de la grandeza de la Virgen, como si a ella todo se le hubiera dado hecho y no hubiera habido de su parte una actitud personal, una respuesta consciente y libre, un comprometerse con el Plan de Dios. A este respecto el Papa Paulo VI, al clausurar el tercer perído del Concilio, dijo: "A los privilegios obtenido añade la virtud personal de una fe total y ejemplar, mereciendo el elogio evangélico: Bienaventurada porque has creído". Es esto precisamente lo que la comunidad cristiana debe descubrir para que vea y acepte por qué María es el ejemplo que debemos imitar y lo hagamos. Ella es la cristiana perfecta porque tuvo, durante su vida real y concreta, una actitud de auténtica fe, es decir, creyó en Dios, confió en El, lo aceptó, se entregó totalmente, colaboró con Cristo en el bien de los hombres. María, la esclava del Señor, la siempre fiel a la Palabra de Dios. En esta actitud de fe fue creciendo permanentemente. Las páginas del Evangelio nos muestran cómo a lo largo de los distintos acontecimientos, María meditaba sobre los hechos que la llevaban a profundizar más en el Plan de Dios y a adherirse más plenamente a El. Un momento cumbre de este crecimiento en la fe es aquel en el que, junto a la cruz, cuando todo humanamente podía indicar un fracaso, ella se mantuvo en pie, indicando con esta actitud corporal la profundidad y firmeza de su fidelidad interior. Y por esa fe, que es la victoria que vence al mundo, María, en Cristo y por Cristo, ha triunfado sobre el pecado y la muerte. Ella es, por esto, tipo de la Iglesia. Y en María la comunidad cristiana ya llegó a la perfección.

La verdadera devoción a la Virgen, que procede de la verdadera fe, debe excitarnos a la imitación de sus virtudes. Que a eso nos lleve este mensaje. La comunidad cristiana tiene en María el modelo, el estímulo, la intercesión. Unicamente con una fe personal que interprete e inspire toda la existencia, que se encarne y se comprometa por amor en la realidad humana en que vivimos, responderemos a nuestra vocación. Solo así construiremos la comunidad cristiana llamada a ser luz de los pueblos, señal e instrumento de la íntima unión de los hombres con Dios y entre sí.

Terminamos este mensaje con las últimas palabras de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia:

"Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los Hombres, para que ella, que estuvo presente con sus oraciones en las primicias de la Iglesia, ahora también, ensalzada en el cielo sobre todos los bienaventurados y los ángeles, en la comunión de todos los santos, interceda ante su Hijo, para que las familias de todos los pueblos, tanto las que se honran con el nombre de cristiano como las que aún ignoran a su Salvador, sean felizmente congregadas con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individua Trinidad".

MENSAJE NUMERO 20 — SENTIDO DEL CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL

Desde hace algún tiempo se ha venido tratando por la radio, la prensa,

tal vez en círculos de amigos, acerca del Congreso Eucarístico Internacional que se realizará en la ya próxima fecha del 18 al 25 de agosto.

Muchas de las noticias han concentrado quizás la atención de las gentes en aspectos que satisfacen una natural curiosidad: el número de peregrinos y el problema de su alojamiento, las personalidadees que asistirán y, en general, la preparación material del país. Es posible, sin embargo, que no se conozca bien el significado de esta celebración. Dediquemos un momento a pensar en el sentido del Congreso y en los serios compromisos que entraña.

En las reflexiones que hemos venido haciendo, hemos tomado conciencia de la urgencia de formar la comunidad de amor que nos reúne en torno de Cristo.

El Congreso Eucarístico ha de ser la expresión de nuestra profunda unidad en Cristo, de nuestra sincera conversión al amor. Sólo unidos con Cristo, en su Iglesia, lograremos la unidad que anhelamos. Sólo el amor es principio de unidad entre todos, y la Eucaristía, centro de vida de la Iglesia, es fuente viva del amor que redime, edifica y libera. Dice el Concilio que "no se edifica ninguna comunidad cristiana, si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía". Reunidos en derredor de la mesa del Señor, nos descubrimos como hermanos y nos comprometemos a vivir como tales. Así celebramos auténticamente la Eucaristía.

Para el Congreso Eucarístico todo el mundo se dará cita, no para hacer un espectáculo de muchedumbres, sino para testimoniar nuestra fe en la Iglesia y sellar el compromiso de seguir construyéndola, encendidos en el amor de Dios, que nos sigue amando. La Iglesia universal, por medio de los peregrinos que vendrán de todas partes, manifestará que es la reunión de todos los pueblos en el amor de Cristo, con la fuerza de su Espíritu. Una imagen parecida la encontramos en la fiesta de Pentecostés: Estaban en Jerusalén judíos piadosos de todos los pueblos que hay bajo el cielo; al hacerse ruido... todos quedaron sorprendidos porque cada cual los oía hablar en su propia lengua. ¿Qué significa esto?: que quienes fueron reunidos por el Espíritu se comprendían, se amaban. Eran lo contrario a lo ocurrido en el pasaje de la Torre de Babel: allí los hombres separados por el pecado, que es de desamor, hundidos en su egoísmo, se separaron, se dividieron. No se comprendían porque no se amaban. En el Congreso todos hablaremos el mismo lenguaje, el de un amor solidario y fraterno. De esta manera, el mundo podrá ver, a través de nuestro testimonio, el verdadero rostro de la Iglesia.

Conoceremos mejor la responsabilidad que nos incumbe de construír un mundo nuevo y libre, haciendo que, de la ruina y la esclavitud de tantos hermanos, aparezca el hombre nuevo que quiere Dios.

Debemos ser artífices de la comunidad de amor que salve al mundo, conscientes de que la Iglesia quiere ser la gran promotora del hombre, de todos los hombres, hasta la humanidad entera.

El cristiano, alimentado con el Pan de vida, podrá superar el círculo estrecho de su propio egoísmo. Sabemos que en cada hombre hay un hermano y sentiremos dolor de las divisiones y heridas que hemos contribuído a causar.

Los peregrinos de Emaús descubrieron que quien les había acompañado en su viaje de fracaso era Cristo Resucitado. Sus ojos, antes oscurecidos, cuando el Señor partió el Pan vieron su gloria. También nosotros tenemos que descubrir a Cristo en la Cena del amor. A Cristo presente en la Iglesia, en cada uno de nuestros hermanos, especialmente en ese mundo doloroso de los marginados, en la muchedumbre de seres hambrientos y enfermos, en el mundo del subdesarrollo en donde parece que se repitiera la Pasión de Cristo, Hay que procurar que ellos resuciten con Cristo a la plenitud de su ser.

Permitidme una anécdota: En Asís se venera un crucifijo que, dicen, se dirigió a San Francisco, con estas palabras: "Repara mi casa que está en ruinas". Era la voz de su conciencia convertida al amor.

Muchos hombres estaban destruídos; templos que debían ser vivos, se hallaban en ruinas. Francisco, el gran imitador de Cristo, se convirtió en el arquitecto del amor. En cada celebración Eucarística se nos dirige una invitación similar.

Hoy estamos en presencia de un mundo en subdesarrollo, duro e inhumano. Hay muchos esclavos: unos encadenados a su propio egoísmo, alienados en su sed de poseer. Otros que carecen de lo indispensable. Todos los que sufren la miseria física y la espiritual son casas en ruinas que es menester reparar con generosidad y amor:

Todas las posibles formas de injusticia son crudas secuelas de desamor. La injusticia es la forma de violencia callada que impide que hermanos nuestros puedan desarrollarse. La injusticia no es sólo causa que crea y atiza la hoguera del problema social, sino una vergüenza para un continente cristiano. Sólo el amor, que de Cristo viene y nos lleva al Padre, es capaz de levantar un mundo nuevo sobre cenizas de hombres. Celebrar la Eucaristía es aceptar nuestra misión de liberar los sectores de las privaciones y de los egoísmos. Muchos hombres desintegrados de la sociedad se están volviendo escépticos del amor y aún del mismo Dios. Necesitan del testimonio de una sociedad revitalizada en su conciencia cristiana tanto como del pan, de la cultura, del trabajo fecundo que los realice. No pueden descansar con palabras: necesitan despertar a la esperanza por la luz de Cristo que todo lo puede iluminar, y aceptar, a través de nuestras vidas, la verdad que los libere. Cristo es el gran libertador: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad". Su Pascua es libertad para el hombre.

Muchos esfuerzos se han hecho y se seguirán haciendo para salvar a América Latina. Pero si todos ellos no tienen su principal motor en una sociedad cristiana convertida de verdad al amor, estaríamos tejiendo nuevos sueños que no podrán apagar este clamor desgarrador de pueblos enteros que no han alcanzado el nivel de la dignidad a que Cristo los llama.

Vínculo de Amor: es el lema del Congreso. Ese vínculo, en torno de Cristo, debe convertirse en un gran abrazo de hermanos: "Por su inserción en el Cristo vivo, el hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental que le da su mayor plenitud... por la Fe... y la unidad de la caridad de Cristo que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres". Celebremos ese gran encuentro de familia en la comunidad de amor en la que Cristo nos salva, cuya perfección se hallará en el regreso del Señor.

Concluímos, en esta noche, estas reuniones de reflexión sobre distintos aspectos de la comunidad cristiana. Las Asambleas Familiares han servido para acercarnos más los unos a los otros y sentirnos solidarios y responsables en la marcha del mundo.

En la comunidad, cuya edificación es tarea de toda la vida, los hombres encontramos el único camino capaz de llevarnos a nuestro perfeccionamiento y a la definitiva felicidad. Sigamos unidos con la confianza puesta en las palabras de Cristo que han sido el lema de nuestras asambleas: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos".

ACTA DE TRASLADO DE LOS RESTOS DE SU EMINENCIA REVERENDISIMA CARDENAL CRISANTO LUQUE

El día 6 de mayo de 1968, siendo las 3 y ¼ de la tarde, en presencia de su Excelencia Reverendísima Monseñor Aníbal Muñoz Duque, Administrador Apostólico "Sede plena" de la Arquidiócesis de Bogotá, del Ilustrísimo Señor, Monseñor José Restrepo Posada, Canónigo del Capítulo Primado, de los señores presbíteros José María Escobar y Tito Martínez, de las muy dignas hermanas Siervas de Cristo Sacerdote que prestan servicio en el Palacio Arzobispal y en la Catedral y del párroco de la misma Catedral, canónigo prebendado Arturo Landínez, se procedió a la exhumación de los restos de Su Eminencia Reverendísima Cardenal Crisanto Luque que habían sido inhumados el 9 de mayo de 1959, en la entonces Capilla de San Pedro de la Catedral, hoy ocupada por el Coro y Organo de la misma. Los restos de Su Eminencia, una vez identificados, fueron trasladados, en presencia de los mismos arriba citados, a la Capilla de Santa Isabel de Hungría, al pequeño ábside situado en la parte sur del muro occidental, vecino a la puerta que da entrada al Cementerio de la Basílica, exactamente frente al lugar donde reposan los restos del Ilustrísimo oMnseñor Mosquera. Una vez que la tumbra quedó seguramente cerrada, se procedió a la firma de esta acta.

ANIBAL MUÑOZ DUQUE
Adminitrador Apostólico de Bogotá

OBITUARIO

Pbro. José del Carmen Castro

El 27 de marzo falleció en Cajicá el Párroco titular de la Parroquia Pbro. D. José del Carmen Castro.

Nacido en Santa Rosa de Viterbo el 19 de julio de 1879, estudió en el seminario de Bogotá y fue ordenado por Monseñor Herrera Restrepo el 28 de octubre de 1908.

Fue nombrado Coadjutor de Pacho. Años después estuvo de Cura de San Cayetano; pasó a Tocaima, luego a Villapinzón; Sopó, Machetá y por último a Cajicá en donde trabajó hasta que sus fuerzas se lo permitieron. En sus últimos años continuaba trabajando en la medida de sus fuerzas hasta que el Señor lo llamó a Sí. — R. I. P.

MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA

El jueves 27 de marzo de 1968, hacia las 6 de la tarde falleció en Bogotá el Ilustrísimo y Reverendísimo Monseñor José Vicente Castro Silva, Protonotario Apostólico ad instar participantium, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Arcediano de la Catedral Primada.

Había nacido en Bogotá el 1º de marzo de 1885 y fueron sus padres don Vicente Castro Amado y doña Eufrosina Silva. Hizo sus estudios con los Hermanos de las Escuelas Cristianas y luego en el Seminario Conciliar en donde los terminó con gran lucimiento en 1905. Como aún no tenía edad para recibir la ordenación sacerdotal, fue enviado a Roma al colegio Pío Latino Americano y en la Universidad Gregoriana estudió de nuevo la Teología. Fue ordenado Presbítero en San Juan de Letrán el Sábado Santo de 1908 (18 de abril) por el Cardenal Pedro Respighi, Vicario de Su Santidad Pío X. La Universidad Gregoriana le otorgó la licenciatura en Filosofía y el doctorado en Derecho el 14 de julio de 1908.

Para principios del año siguiente ya se encontraba en la capital y fue nombrado Capellán de los Talleres de San Vicente. Poco después fue nombrado Capellán del Orfelinato del Niño Jesús de Praga que dirigían las Hermanas de la Presentación.

Siendo Profesor en el Seminario fue nombrado Vicerrector del mismo el 25 de octubre de 1912, cargo en que trabajó con notoria consagración y no pequeño éxito para perfeccionar en lo posible la formación espiritual, intelectual y aún material de los futuros sacerdotes. Como Vicerrector estuvo hasta terminar el curso de 1916.

Cuando en 1913 se celebró el primer Congreso Eucarístico Nacional fue nombrado Secretario General el presbítero Castro Silva y puede decirse que a su trabajo y consagración se debió en gran parte el buen suceso de tan magno acontecimiento. Después se imprimió, bajo su dirección un libro, ilustrado, en el que se narran los diversos actos del Congreso.

En 1917 trabajó en el periódico "La República" y desde agosto de 1919 hasta junio de 1920 fue codirector de "El Catolicismo".

Fue nombrado Canónigo de la Catedral por Bula de la Datería Apostólica de 16 de diciembre de 1921 y tomó posesión el 25 de febrero del año siguiente. Ascendió a Dignidad Tesorero por nombramiento pontificio de 17 de octubre de 1931 y se posesionó el 17 de diciembre. Nombrado Arcediano el 1º de diciembre de 1938 entró a desempeñar el cargo el 12 de febrero de 1939.

A la muerte de Monseñor Rafael Carrasquilla fue elegido Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el 14 de junio de 1930, puesto que ejerció sin interrupción, por repetidas reelecciones trienales hasta el día de su fallecimiento.

La Santa Sede lo nombró Protonotario Apostólico ad instar participantium el 9 de junio de 1937 y le fueron impuestas las insignias, por el Arzobispo Monseñor Ismael Perdomo, el 12 de septiembre siguiente.

Monseñor Castro Silva a través de su meritoria existencia escribió varios

libros y muchísimos artículos aparecidos en diversos periódicos y revistas, (en especial en "Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario") a veces con el seudónimo Luis Soracta.

Entre los libros que publicó podemos enumerar los siguientes:

1. — "Nociones de Derecho Eclesiástico" (en colaboración con José Alejandro Bermúdez) Bogotá 1919 - 467 páginas.

2. — "Prólogo de Don Quijote" y la "Tristeza de Bolívar" (Bogotá, Imprenta de la Luz 1936) Segunda edición, aumentada con otros discursos, ediciones del Concejo, Imprenta Municipal 1937.

3. — "Monseñor Carrasquilla Orador sagrado" (Editorial Centro, 1939).

4. — "Discursos y Sermones" Biblioteca Aldeana, Selección Samper Ortega, Volumen 77 - 1937.

Entre sus artículos históricos merecen recordarse:

1. — "Erección del Arzobispado de Santafé en el Nuevo Reino de Granada" ("El Hogar Católico" 15 de diciembre de 1912).

2. — "Para la historia de la Veracruz" ("El Hogar Católico" 16 de noviembre de 1912).

3. — "Del Gobierno Eclesiástico de Santafé de Bogotá" (un estudio de cerca de cien páginas - "Boletín de Historia y Antigüedades", julio a septiembre de 1963).

Como la obra literaria con fondo histórico aparecieron en "Santafé y Bogotá (1924 - 1925) "El Guardián de la Recoleta", "Las tres viejas" y "Bochica hijo de la Atlántida".

En "El Nuevo Tiempo", 1923 aparecieron varios artículos sobre Renán, para aclarar algunos puntos a escritos del Señor Cornelio Hispano (Ismael López).

Brilló Monseñor Castro Silva en forma especial en le género de la oratoria y sobre todo, en el de la oratoria sagrada. A una sorprendente facilidad de palabra, se unían en él la corrección de estilo, la elegancia de la dicción, la elevación del pensamiento, la viveza de la acción y el entusiasmo, que salidos de lo más íntimo de su alma cautivaba maravillosamente a los oyentes, llegando el caso en que el auditorio, dominado por al emoción, aun dentro del recinto de la Catedral, prorrumpiera en aplausos.

Muchos sermones predicó en diversos templos de Bogotá y siempre con notable provecho de las almas. Pero, sobre todo, es digna de particular mención su predicación a los seminaristas de Bogotá, cuando dirigía los Ejercicios Espirituales como preparación a la recepción a las Sagradas Ordenes. Durante muchos años, los alumnos del Seminario tuvieron la fortuna de aprender de labios de Monseñor Castro a apreciar el sacerdocio en su verdadera grandeza y a penetrar más y más en el conocimiento de Jesucristo, sus meditaciones sobre el Evangelio, llenas de piadosa unción y sus admirables comentarios sobre el Pontifical dejaron en sus discípulos huella tan profunda que ni el trascurso de los años, ni las vicisitudes de la vida, ni los tremendos cambios porque ha pasado el mundo actual, ha logrado borrarla.

Como orador uno de los géneros en que sobresalió Monseñor Castro fue en el difícil de la oración fúnebre. Entre las más famosas que pronunció merecieron recordarse:

1. — Del Ilustrísimo Señor Vicente Arbeláez en el Centenario de su nacimiento ("La Iglesia" diciembre 1922).

2. — Del mismo Señor Arbeláez, en la colocación del busto en la plaza de Chapinero. ("El Mensajero del Corazón de Jesús", agosto de 1926).

3. — Del Libertador, pronunciada en la Catedral en el centenario de su muerte ("Revista del Colegio del Rosario" febrero de 1931).

4. — Del Arzobispo Mosquera con ocasión del traslado de sus restos y de su entierro en la Catedral de Bogotá ("Revista del Colegio del Rosario" marzo de 1936).

5. — De don Gonzalo Jiménez de Quesada con ocasión del centenario de la fundación de Bogotá ("Revista del Colegio del Rosario" agosto de 1938).

6. — Del Papa Pío XI, predicada en la Catedral de Bogotá en las Honras fúnebres por el Pontífice (17 de febrero de 1939). No ha sido publicada.

Muchos son también los discursos académicos. Baste citar, a manera de ejemplo "Prólogo de don Quijote" pronunciado cuando fue recibido como miembro de la Academia de la Lengua (16 de noviembre de 1934).

Dueño de una exquisita biblioteca, que conocía perfectamente, y dotado de una admirable memoria, para ilustrar sus oraciones sabía escoger las citas más oportunas, tomándolas ya de la literatura cristiana, ya de la clásica griega y latina.

Como aventajado latinista cultivó el difícil arte de la epigrafía y compuso inscripciones, como la del Seminario de Bogotá o la de la Iglesia en el cerro de Guadalupe, que son modelos de concisión y elegancia.

Tanto en el Seminario en sus inolvidables lecciones de Teología Dogmática como en el Colegio del Rosario en donde fue profesor por m;s de medio siglo, fue un verdadero maestro que ejerció influjo perdurable en las mentes y en las voluntades de los alumnos. Como Rector del Colegio del Rosario supo conservarle la notable tradición de sus antecesores, al mismo tiempo que le dio vigoroso impulso con la apertura de nuevas facultades, y la restauración del claustro y la capilla de la Bordadita.

Con la muerte de Monseñor Castro el Capítulo pierde, además de su Arcediano, a un insigne benefactor. De su propio peculio arregló la capilla del Santo Cristo; costeó las piedras preciosas que se pusieron en la custodia de filigrana de la Catedral, regaló diversos utensilios para la celebración de la Semana Santa y varios objetos de valor para el culto.

Con Monseñor Castro Silva la Iglesia no sólo pierde un hombre de esclarecido talento, dotado de extraordinaras prendas naturales, de noble porte y altísima distinción, sino, lo que más, a un digno y virtuoso sacerdote, cuya vida intachable debe servir de ejemplo a los sacerdotes y a los fieles.

El, desde el cielo, como lo esperamos, interceda por la Arquidiócesis y por la Catedral de Bogotá que tánto amó.

El gobierno nacional expidió el decreto número 458, por medio del cual se honra la memoria de Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. El siguiente es el texto del decreto de honores:

El Presidente de la República de Colombia, en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Que ayer falleció en esta ciudad Monseñor José Vicente Castro Silva,

quien al morir ejercía el cargo de Rector Mayor de Nuetra Señora del Rosario;

Que Monseñor Castro Silva, figura prominente de la Iglesia, sobresalió como humanista y como profesor de derecho canónico, de filosofía en el Seminario Conciliar de Bogotá y en el Colegio Mayor del Rosario, y

Que Monseñor Castro Silva se destacó como escritor y fue miembro de la Real Academia Colombiana de Jurisprudencia,

DECRETA:

ARTICULO PRIMERO. — Deplorar el fallecimiento de Monseñor José Vicente Castro Silva, miembro ilustre del clero, escritor y educador que prestó servicios eminentes a la República, y presentar su vida como ejemplo digno de imitarse por la juventud colombiana.

ARTICULO SEGUNDO. — Copia de este decreto, en nota de estilo, será entregada a los familiares del extinto por el señor ministro de educación.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, D. E., a 29 de marzo de 1968.

CARLOS LLERAS RESTREPO

El Ministro de Educación Nacional,

GABRIEL BETANCUR MEJIA

(Diario Oficial, Nº 32.483)

SOCIEDAD DE SUFRAGIOS

Se recuerda a los señores Sacerdotes la obligación contraída con los hermanos difuntos.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Tarifa Postal Reducida Nº 379 de la Administración Postal Nacional

Editorial Lumen Christi. — Bogotá.

Año LXII ——— Agosto a Diciembre de 1968 ——— Números 929 a 933

XXXIX CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL

BOGOTA, AGOSTO 1968

PROGRAMA

CONCELEBRACIONES LITURGICAS

El Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá se celebrará DE DOMINGO A DOMINGO. En el Día del Señor, por una tradición que tiene su origen en el mismo día de la Resurrección de Cristo, la Iglesia celebra el Misterio Pascual. Los fieles se reúnen para escuchar la Palabra de Dios y para participar en la Eucaristía, centro vital de la Liturgia, cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, fuente de donde mana toda su fuerza (Cfr. Constitución sobre la Sagrada Liturgia, 106 y 10). Para dar todo su valor al signo litúrgico de la Eucaristía, el Congreso será una solemne celebración, en la que la unidad de la Asamblea se manifiesta en forma visible.

LAS CELEBRACIONES PARROQUIALES DE LA MAÑANA tienen por objeto presentar a los ojos de nuestra fe varios aspectos de la Eucaristía como Vínculo de Amor: La Cena del Señor es el signo de unidad de todos los cristianos, integrados en el Pueblo de Dios como hombres nuevos, comprometidos por tanto en la renovación del mundo; es el signo de una comunidad de reconciliados que han vuelto a la unidad para constituírse en servidores de todos los hombres, con miras a lograr el progreso humano integral en la justicia y en el amor.

POR LAS TARDES, EN EL CAMPO EUCARISTICO, las celebraciones se proponen dar una visión orgánica de toda la economía sacramental: los Sacramentos son diferentes maneras de presencia de una misma realidad: del Misterio Pascual; están íntimamente ligados entre sí y convergen todos hacia la Eucaristía, corazón de la vida de la Iglesia.